GEORGE SAND

EL CASTILLO DE CUMBRECORVA

EL CASTILLO DE CUMBRECORVA

George Sand



George sand

El castillo de cumbrecorva



George Sand

Amantine Aurore Lucile Dupin de Dudevant, cuyo seudónimo fue George Sand, nació el 1 de julio de 1804 en Francia. Fue novelista y periodista, considerada una de las escritoras más populares de Europa del siglo XIX.

En 1822, se instaló en París con su familia y se fue formando en distintas actividades, como la pintura, pero finalmente se decidió por la literatura. Entre sus obras más importantes se encuentran *Indiana* (1832), *Lélia* (1833), *Compañero de Francia* (1840), *Consuelo* (1842-1843), *Los maestros soñadores* (1853) y *El pantano del diablo* (1846), en el cual narra su infancia en el campo y describe la vida rural. Además, escribió obras de teatro, ensayos, cuentos y diversas críticas literarias y políticas.

Murió el 8 de junio de 1876, a la edad de 71 años.

El castillo de Cumbrecorva
George Sand

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Melissa Tatiana Mendoza Gómez
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

EL CASTILLO DE CUMBRECORVA

LA ESTATUA PARLANTE

En lo más recóndito de una agreste región llamada por entonces provincia de Gévaudan, se hallaba el castillo abandonado de Cumbrecorva, solo en aquel desierto de bosques y montañas. Tenía aspecto triste, parecía aburrirse tanto como quien, tras haber recibido numerosas visitas y celebrado fiestas grandiosas, acaba por verse morir pobre, inválido y olvidado.

El muy estimado señor Flochardet, afamado pintor del sur de Francia, pasaba en silla de posta por el camino que bordea el riachuelo. Se hallaba en compañía de su única hija, Diana, de ocho años de edad, a quien había ido a buscar al convento de las salesas de Mende, y a la que llevaba de regreso al hogar por culpa de cierta fiebre del crecimiento que, desde hacía unos tres meses, postraba a la niña un día de cada dos. El médico había aconsejado el clima de la región natal. Flochardet la conducía a una bonita villa que poseía en los alrededores de Arles.

Padre e hija habían salido de Mende el día anterior y se habían desviado para visitar a una pariente; debían

hacer noche en Saint-Jean-Gardonenque, hoy conocida como Saint-Jean-du-Gard.

Esto sucedía mucho antes de que existiesen los ferrocarriles. Todo era más pausado que ahora. Así pues, iban a tardar dos días en llegar a casa. Avanzaban tanto más despacio cuanto que el camino era infame. El señor Flochardet se había apeado y caminaba junto al cochero.

—¿Qué es eso que tenemos delante? —Le preguntó—. ¿Son unas ruinas o una ladera de rocas blanquecinas?

—¡Cómo, señor! —dijo el cochero—. ¿No reconoce usted el castillo de Cumbrecorva?

—No puedo reconocerlo, ya que es la primera vez que lo veo. No había tomado nunca este camino, ni volveré a tomarlo en la vida; es espantoso, y casi no avanzamos.

—Paciencia, señor. Este viejo camino es más directo que el nuevo; de haberlo tomado, aún le quedarían por delante siete leguas antes del atardecer; por aquí solo nos quedan dos.

—Pero si tardamos cinco horas en recorrer este tramo, no veo qué salgo ganando.

—Está usted de guasa, señor. Dentro de dos horitas estaremos en Saint-Jean-Gardonenque.

El señor Flochardet suspiró pensando en su hijita. Aquel era uno de los días en que le subía la fiebre. El señor Flochardet había albergado la esperanza de llegar a la posada antes de lo previsto para meterla en la cama, y que descansara y entrase en calor. El aire de la quebrada era húmedo, ya se había puesto el sol; temía que si la niña tenía que sudar la fiebre en el coche, con el relente y los baches del viejo camino, cayese enferma de verdad.

—¡Pero bueno! —Le dijo al cochero—. ¿Qué es esto? ¿Un camino abandonado?

—Sí, señor, es un camino que se hizo para el castillo, y cuando abandonaron el castillo, dejó de usarse.

—Me parece todavía muy suntuoso; ¿por qué ya no vive nadie en él?

—Porque el dueño, que lo heredó cuando empezaba a estar ya en ruinas, carece de recursos para restaurarlo. Perteneció en tiempos a un rico caballero que lo utilizaba para sus caprichos, bailes, teatro, juegos, banquetes, ¡qué sé yo! Así fue cómo se arruinó, y sus descendientes no han logrado levantar cabeza, ni tampoco el castillo, que aunque todavía parece algo, cualquier día de estos acabará desplomándose desde lo alto hasta el río y, por lo tanto, sobre el camino por el que ahora vamos.

—Con tal de que nos deje pasar esta noche, ¡que se desplome, si es su gusto! Pero ¿por qué ese curioso nombre de Cumbrecorva?

—Por esa roca que ve usted asomar en el bosque por encima del castillo, y que está como retorcida por el fuego. Se dice que, en otros tiempos, ardió toda la región. Estas tierras son de las que se llaman volcánicas. Apuesto a que nunca ha visto usted otra igual.

—Sí, a fe mía. He visto muchas, pero en este momento no me interesan nada. Amigo, te agradecería que volvieras a tu puesto y que fueras lo más rápido posible.

—Disculpe, señor, todavía no. Nos queda por pasar el depósito de agua de las cascadas del parque... Está casi seco, pero lleno de escombros, y tendré que guiar a los caballos con cuidado. No tema nada por la señorita, no hay peligro.

—Quizás —respondió Flochardet—, pero casi prefiero llevarla en brazos; avísame.

—Ya estamos, señor, haga usted como guste.

El pintor mandó parar el coche y sacó a la niña, que se había amodorrado y comenzaba a notar el malestar de la fiebre.

—Suba por esa escalera —dijo el cochero—; cruzando por la terraza llegará al recodo del camino al mismo tiempo que yo.

Flochardet subió por la escalera con su hija en brazos. A pesar de que estaba en estado ruinoso, era todavía una escalinata auténticamente señorial, cuyo pasamanos había sido sin duda muy bello; elegantes estatuas se erguían aún a intervalos. La terraza, antaño enlosada, ahora semejaba un jardín de plantas silvestres, que

habían crecido entre las losas desunidas, mezclándose con algunos arbustos de más categoría, plantados en otros tiempos en arriates. Madreselvas de color púrpura se hermanaban con enormes matas de escaramujos; los jazmines florecían entre las zarzas; los cedros del Líbano se erguían por encima de pinos y rústicas encinas, propios de aquella región. La hiedra se había extendido como una alfombra, o bien colgaba en guirnaldas; algunos fresales, acomodados en los peldaños, trazaban arabescos hasta los pedestales de las estatuas. Aquella terraza, que las plantas invadían a su albedrío, seguramente nunca había estado tan bella, pero a Flochardet, que era un pintor de salón, no le entusiasmaba la naturaleza. Además, toda aquella exuberancia de plantas silvestres dificultaba la marcha en pleno crepúsculo. Temía que las espinas dañaran la linda carita de su hija y avanzaba, protegiéndola como mejor podía, cuando oyó a sus pies un ruido de herraduras golpeando contra las piedras, y la voz del cochero lamentándose, ora gimiendo, ora maldiciendo, como si le hubiese sucedido alguna desgracia.

¿Qué hacer? ¿Cómo volar en su ayuda con una niña enferma en brazos? Diana lo sacó del apuro con su dulzura y buen juicio. Los gritos del cochero la habían

despertado del todo, y comprendía la necesidad de salvar a aquel pobre hombre de algún peligro.

—Ve, papaíto, corre —Le dijo a su padre—. Aquí estaré muy bien. Este jardín es muy bonito. Me gusta mucho. Déjame tu abrigo, te esperaré sin moverme de aquí. Me encontrarás al pie de este jarrón tan grande. No te preocupes.

Flochardet la envolvió en su propio abrigo y corrió a ver qué había sucedido. El cochero estaba ileso, pero, al querer pasar por encima de los escombros, el coche había volcado, y ambas ruedas habían quedado destrozadas. Uno de los caballos se había lastimado las rodillas al caerse. El cochero estaba desesperado, inspiraba auténtica lástima; pero Flochardet no pudo reprimir una inútil cólera. ¿Qué iba a ser de él a la caída de la noche, con una niña que pesaba demasiado para poder llevarla a cuestas dos leguas a campo través, es decir, durante tres horas de marcha? Y sin embargo, no había otra solución. Dejó que el cochero se las apañara solo y volvió en busca de Diana. Pero, en lugar de encontrarla dormida al pie del gran jarrón, como se esperaba, la vio venir a su encuentro, completamente despierta y casi alegre.

—Papaíto —le dijo—, lo he oído todo, desde el borde de la terraza. El cochero no se ha hecho nada, pero los caballos están heridos y el coche se ha roto. No podremos seguir esta noche, y estaba yo pensando en lo preocupado que ibas a estar, cuando la señora me ha llamado por mi nombre. He levantado la cabeza y he visto que tendía el brazo en dirección al castillo para decirme que entrase. Vamos, estoy segura de que se alegrará y de que estaremos muy a gusto en su casa.

—¿De qué señora me hablas, nenita? Este castillo está vacío y no veo a nadie por aquí.

—¿No ves a la señora? Es que ya empieza a hacerse de noche; pero yo todavía la veo muy bien. ¡Mira! Aún sigue señalando la puerta por la que debemos entrar a su casa.

Flochardet miró lo que le indicaba Diana. Era una estatua de tamaño natural que representaba una figura alegórica, «la hospitalidad» quizás, y que, con elegante y gracioso ademán, parecía en efecto mostrar a los recién llegados la entrada al castillo.

—Lo que tomas por una señora es en realidad una estatua —le dijo a su hija—, y has soñado que te llamaba.

—No, papaíto, no lo he soñado; tenemos que hacer lo que nos manda.

Flochardet no quiso llevar la contraria a la niña enferma. Lanzó una mirada a la suntuosa fachada del castillo que, engalanada de plantas trepadoras prendidas de los balcones y salientes de piedra esculpida, aún parecía espléndida y firme.

—Al fin y al cabo —se dijo—, es un cobijo mientras encontramos algo mejor, y algún rincón habrá en el que la niña pueda descansar mientras se me ocurre algo.

Entró con Diana, que lo arrastraba resueltamente de la mano, bajo un magnífico peristilo, y, avanzando en línea recta, penetraron en una amplia estancia que, a decir verdad, ya no era sino un parterre de mentas silvestres y marubios de hojas blanquecinas, rodeado de columnas, de las cuales más de una yacía en el suelo. Las que aún permanecían en pie sustentaban los restos de una cúpula, cuyos innumerables boquetes permitían ver el cielo. Al señor Flochardet no le resultaron muy acogedoras aquellas ruinas, y ya volvía sobre sus pasos cuando el cochero lo alcanzó.

—Sígame, señor —dijo—; por aquí queda un pabellón que todavía aguanta bien, donde se puede pasar la noche muy a gusto.

—¿Así pues, tendremos que pasar aquí la noche? ¿No hay modo de llegar no ya hasta la ciudad, sino al menos hasta alguna granja o alguna casa de campo?

—Imposible, señor, a menos que dejemos todas sus pertenencias en el coche, que ya no puede seguir.

—Mi equipaje tampoco abulta tanto y no resultará difícil sacarlo y ponerlo a lomos de uno de los caballos. Yo montaré en el otro con mi hija y tú puedes guiarnos hasta la vivienda más próxima.

—No hay ninguna vivienda a la que podamos llegar esta noche, la montaña es casi intransitable, y mis pobres caballos están maltrechos los dos. No sé cómo vamos a salir de aquí, ni siquiera en pleno día. ¡Dios proveerá! Lo más urgente es que la señorita descanse. Voy a buscarles un cuarto donde aún haya puertas y contraventanas y el techo no corra riesgo de hundirse. Yo he encontrado una especie de establo para los animales y, como siempre les tengo un saquito de avena y lleva usted provisiones

para ustedes dos, por esta noche no nos matarán las privaciones. Voy a traerles todos sus bártulos y los almohadones del coche para dormir; una noche se pasa pronto.

—Bueno —dijo Flochardet—, hagamos como dices, ya que has recuperado la calma. ¿No habrá por aquí algún guarda a quien conozcas y que nos conceda su hospitalidad?

—No hay guarda. El castillo de Cumbrecorva se cuida solo. Ante todo no hay nada que llevarse; y además... Pero se lo contaré más tarde. Ya estamos en la puerta de los antiguos baños. Sé cómo se abre. Entren aquí, señor; no hay ni ratas, ni lechuzas, ni serpientes. Espérenme sin temor.

En efecto, mientras hablaban, habían atravesado varias alas de la mansión, más o menos ruinosas, hasta llegar a un a modo de pabellón bajo y macizo, de severa arquitectura. Se trataba de un edificio renacentista, como el resto del castillo, pero, si bien la fachada de este ofrecía una caprichosa mescolanza de diversos órdenes arquitectónicos, el pabellón, situado en un claustro, era una imitación en miniatura de las termas antiguas

y el interior parecía bastante abrigado y pasablemente conservado.

El cochero había traído uno de los faroles del coche con una vela dentro. Prendió el chisquero, y Flochardet pudo comprobar que el refugio era habitable.

Se sentó sobre la base de una columna y quiso que Diana hiciera lo propio en sus rodillas mientras el cochero iba a buscar los almohadones y los efectos personales.

—No, papaíto, gracias —Le dijo la niña—. Me alegra mucho pasar la noche en este castillo tan bonito. Aquí ya no me siento enferma. Vamos a ayudar al cochero, así acabaremos antes. Estoy segura de que tienes hambre y, por lo que a mí se refiere, también me gustaría probar los pasteles y frutas que guardaste para mí en un cestito.

Flochardet, viendo a su enfermita tan dispuesta, la llevó consigo, y ella supo hacerse útil. Al cabo de un cuarto de hora, habían trasladado los almohadones, los abrigos, los baúles, los cestos, en una palabra, todo lo que contenía el coche, a los baños de la vieja mansión. A Diana no se le olvidó su muñeca, que se había roto un brazo en aquella aventura. Le entraron ganas de

llorar, pero viendo que su papá tenía que lamentar la pérdida de algunos objetos más valiosos, que se habían deteriorado, supo ser valiente y no se quejó. El cochero tuvo el consuelo de comprobar que se habían salvado de la catástrofe dos botellas de buen vino, y, mientras las llevaba, las miraba con ojos tiernos.

—Está bien —le dijo Flochardet—, ya que, a pesar de todo, nos has encontrado un refugio y te muestras tan solícito en servirnos... ¿Cómo te llamas?

—¡Romanèche, señor!

—Pues bien, Romanèche, cenarás con nosotros, y dormirás en esta espaciosa sala, si te parece bien.

—No señor, iré a curar y a cuidar a los caballos, pero nunca se le hace ascos a un buen vaso de vino, sobre todo después de una desgracia. Es más, yo les serviré. La señorita sin duda querrá agua; sé dónde hay un manantial. Le prepararé la cama; yo sé cuidar a los niños. ¡También soy padre!

Mientras así hablaba, el bueno de Romanèche lo disponía todo. La cena se compuso de pollo frío,

pan, jamón y algunas golosinas, que Diana comió a mordisquitos con deleite. No tenían ni mesa ni sillas, pero en el centro de la sala había un pequeño anfiteatro, formado por una piscina de mármol rodeada de gradas, que brindaron cómodo asiento. El manantial que en otros tiempos surtiera los baños, y que todavía manaba en el claustro, proporcionó un agua excelente, que Diana bebió en su vasito de plata. Flochardet obsequió a Romanèche con una botella de vino y se quedó con la otra. Prescindieron de los vasos.

Mientras comían, el pintor observaba a su hija. Estaba alegre, y hubiese preferido quedarse parloteando en lugar de irse a dormir; pero, cuando hubo saciado el hambre, la convenció para que descansara, y le prepararon una camita muy aceptable con los almohadones y los abrigos dentro de una pila de mármol que había al borde de la piscina. Hacía un tiempo espléndido, era pleno verano y la luna empezaba a brillar. Además, aún quedaba una vela y aquel lugar no resultaba nada triste. El interior estaba pintado al fresco. Aún se veían pájaros revoloteando entre las guirnaldas del techo, persiguiendo mariposas que los superaban en tamaño. En las paredes unas ninfas bailaban en corro cogidas de la mano. Bien es cierto

que a esta le faltaba una pierna, a aquella las manos o la cabeza. Acostada en la improvisada cama, Diana miraba a estas bailarinas mutiladas y les notaba, a pesar de todo, un aire muy festivo.

LA DAMA DEL VELO

Cuando al señor Flochardet le pareció que su hija se había quedado dormida, y mientras Romanèche, el cochero en funciones de ayuda de cámara, recogía los restos de la cena, le dijo a este:

—Explícame, pues, por qué este castillo se cuida solo; has insinuado que ello se debe a motivos singulares.

Romanèche titubeó un momento; pero el buen vino de su cabal pasajero lo había predispuesto a la charla, y le habló así:

—Señor, estoy seguro de que va usted a burlarse de mí. Las personas cultas como usted no creen en ciertas cosas.

—Sí, amigo mío, sé a lo que te refieres. Reconozco que no creo en cosas sobrenaturales. Pero gusto mucho de las historias maravillosas. Este castillo debe de tener una leyenda propia; cuéntamela, que no me burlaré.

—Pues bien, es como sigue, señor. Ya le he dicho, por decir algo, que el castillo de Cumbrecorva se cuidaba solo. Pero en realidad lo cuida la Dama del velo.

—¿Y quién es esa Dama del velo?

—¡Ah! Eso nadie lo sabe. Hay quien dice que es una persona viva que se viste a la antigua usanza; también se habla del fantasma de una princesa, que vivió aquí hace mucho tiempo, y que vuelve todas las noches.

—Así pues, ¿tendremos el gusto de poder verla?

—No, señor, no la verá. Es una señora educadísima, que pretende que se entre en su casa con urbanidad; a veces incluso invita a pasar a los viajeros, y si no le hacen caso, vuelca los carruajes o hace que los caballos se caigan; con los caminantes provoca tal avalancha de piedras sobre el sendero que ya no pueden pasar. Seguro que nos llamó invitándonos desde lo alto de la almena, o desde la terraza, y que no la oímos; porque usted dirá lo que quiera, pero el accidente que hemos sufrido no es natural, y si se hubiera usted empeñado en seguir camino, habría sido aún peor.

—¡Ah, muy bien! Ahora entiendo por qué insististe en que era imposible llevarnos a otro lugar.

—En otro lugar, e incluso en la ciudad, hubiesen encontrado peor apaño, no hubiesen estado tan cómodos, y salvo que la cena podría haber sido mejor... ¡aunque a mí me ha sabido rematadamente bien!

—Ha estado más que sobrada, y no me lamento por estar aquí; pero quiero saber cuánto se refiera a la Dama del velo. ¡Supongo que si alguien entra en su casa sin que lo invite se molestará!

—Ni se enfada ni se deja ver; no se la ve nunca, nadie la ha visto jamás; no es mala y nunca le ha hecho daño a nadie; pero se oye una voz que grita «¡Fuera!», y uno debe obedecer quiera o no, como si lo arrastraran cuarenta tiros de caballos.

—En tal caso, bien podría sucedernos esto a nosotros, ya que no hemos recibido invitación alguna.

—Perdone el señor, pero estoy seguro de que ha debido de llamarnos, pero no le hemos prestado atención.

Flochardet recordó entonces que la pequeña Diana había creído oír que la estatua de la terraza la llamaba.

—Habla más bajo —le dijo al cochero—; la niña ha soñado algo muy parecido, y es preciso que no crea en semejantes desatinos.

—¡Ah! —exclamó ingenuamente Romanèche—. ¡La niña lo oyó! ¡Lo dicho, señor! A la Dama del velo le encantan los niños, y cuando vio que pasaban ustedes de largo sin escuchar su invitación, volcó el coche.

—¿Lastimando a los caballos? ¡Parece una jugarreta bastante pesada para alguien tan hospitalario!

—A decir verdad, los caballos no han sufrido tanto daño; un poco de sangre, y pare usted de contar. Se ha ensañado más con el coche, pero, si mañana logramos apañarlo o conseguimos otro, el viaje solo se retrasará unas horas, pues de todos modos íbamos a hacer noche en Saint-Jean-Gardonenque. ¿O tal vez lo estén esperando y tema usted que se preocupen al no verlo llegar en la fecha fijada?

—Exactamente —respondió Flochardet, quien desconfiaba un poco de la filosófica despreocupación de aquel buen hombre o de su excesiva sumisión a un nuevo capricho de la Dama del velo—. Mañana de amanecida tendremos que darnos prisa en recuperar el tiempo perdido.

Lo cierto es que en casa de Flochardet no lo esperaban con fecha fija. Su mujer no sabía nada de la enfermedad de Diana en el convento, y no contaba con el placer de volver a verla antes de las vacaciones.

—Vamos —dijo Flochardet a Romanèche—, creo que ya es hora de acostarse. ¿Quieres dormir aquí? Me parece bien, si es que vas a estar mejor que con los caballos.

—Gracias, señor, es usted muy amable —respondió Romanèche—, pero no puedo dormir si no es con ellos. Cada cual tiene sus manías. ¿No le asusta quedarse solo con la señorita?

—¿Asustarme? No, ya que no he de ver a la Dama. Por cierto, ¿podrías decirme cómo se sabe que lleva un velo, si nadie la ha visto nunca?

—No lo sé, señor; es un antiguo cuento, no lo inventé yo. Creo en él, pero no me quita el sueño. No soy un gallina, y además no he hecho nada que pueda disgustar al fantasma del castillo.

—Entonces, buenas noches y que duermas bien —dijo Flochardet—. Estate aquí al alba, sin falta; sírvenos presto y bien, no te arrepentirás.

Al quedarse solo con Diana, Flochardet se acercó a ella para palparle las mejillas y las manecitas. Quedó gratamente sorprendido al notarlas frescas. Intentó tomarle el pulso, aunque no sabía gran cosa de fiebres infantiles. Diana le dio un beso, al tiempo que le decía:

—Estate tranquilo, papaíto, me encuentro muy bien; la que tiene fiebre es mi muñeca, no la molestes.

Diana era dulce y cariñosa; nunca se quejaba. Pero presentaba un aspecto tan apacible y alborozado que el padre también sonrió.

—Ya ha pasado el ataque —pensó—; cuando creyó que le hablaba una estatua, estaba delirando; pero ha sido un ataque muy corto y puede que el cambio de aires haya

bastado para curarla. Quizá no le convenga la vida del convento. Se quedará con nosotros, y estoy convencido de que a mi mujer no la contrariará en absoluto.

Flochardet se arropó lo mejor que pudo, se tumbó en las gradas de la piscina junto a la niña y no tardó en quedarse dormido, como correspondía a un hombre aún joven y saludable como él.

El señor Flochardet no pasaba de los cuarenta. Era de rostro agraciado, cortés, rico, culto y todo un caballero. Había ganado mucho dinero pintando retratos muy detallistas y lozanos, en los que todas las señoras observaban un gran parecido unas con otras, pues siempre se las veía más jóvenes y bellas que en la realidad. A decir verdad, todos los retratos de Flochardet se parecían entre sí. Tenía en mente un lindísimo arquetipo que repetía en cada ocasión con muy pocas modificaciones; solo se esmeraba en reproducir fielmente el atuendo y el peinado de sus modelos. La exactitud de tales detalles era lo único que proporcionaba personalidad a las figuras. Se distinguía por lo bien que copiaba los visos de un vestido, el caracoleo de un rizo, el vuelo de una cinta, y algunos retratos suyos se reconocían de inmediato por

la semejanza del almohadón o del loro colocado junto al modelo. No le faltaba talento. Tenía incluso mucho, dentro de su género; pero sin originalidad, sin genio, sin sentimiento de auténtica vida, cosas estas que no se le podían pedir; su éxito estaba, pues, fuera de toda duda, y la burguesía elegante lo prefería a cualquier gran maestro que, impertinentemente, hubiese plasmado una verruga o exagerado una piel ajada.

Tras dos años de viudedad, había contraído segundas nupcias con una joven y pobre, pero de buena familia, que lo tenía por el mejor artista del universo. No era necia por naturaleza, pero sí tan linda, tan linda, que nunca tuvo tiempo para cultivar la mente e instruirse. Esta circunstancia la había echado atrás ante la tarea de educar personalmente a la hija de su marido. Por eso consiguió que la llevara al convento, con la excusa de que al ser hija única se divertiría más con amiguitas de su edad que quedándose sola en casa. No hubiese sabido jugar con Diana, ni hallar con qué entretenerla, y, aun sabiendo cómo hacerlo, le habría faltado tiempo para ello. Necesitaba mucho para cambiarse diez veces al día y ponerse cada vez más guapa.

Flochardet era buen padre y marido. Cierto es que la señora Flochardet le parecía un poco frívola, pero al fin y al cabo se pasaba el día acicalándose para gustarle a él. Y también, según decía ella, para serle útil, dándole la oportunidad de poder estudiar los perendengues del adorno femenino, a los que tanto provecho sacaba en su pintura.

Mientras se iba quedando dormido en la piscina de la vieja mansión, Flochardet pensaba en todo aquello: los vestidos y la belleza de su mujer, su hija enferma, tal vez ya curada, su adinerada clientela, los encargos que estaba deseando cumplir, el accidente del carruaje, la alucinación de Diana, la Dama del velo y la necesidad que tiene la gente del campo de creer en cosas maravillosas, incluso cuando tales fantasías no las provoca el miedo; y mientras les daba vueltas a todas estas ideas, se quedó profundamente dormido, llegando incluso a roncar flojito.

¿Se había dormido también Diana? ¡Pues confieso que lo ignoro por completo! Les he hablado de su padre y de su madre y me he permitido esta digresión, aún a riesgo de hacerles perder la paciencia, porque es preciso

que les explique por qué Diana era por lo general una niña tranquila y soñadora. Pasó su más tierna infancia sin más compañía que la de su ama, la cual, aunque la adoraba, hablaba muy poco, así que ella sola tuvo que ordenar lo mejor que supo dentro de su cabecita todas las ideas que se le iban ocurriendo. No les extrañe, pues, todo lo que en lo venidero les diga sobre ella. De momento, debo contarles cómo se le espabiló y se le formó el entendimiento en el castillo de Cumbrecorva.

Cuando oyó roncar a su papá, abrió los ojos y miró a su alrededor. La gran sala redonda estaba sumida en la oscuridad, pero como la bóveda no era muy alta y uno de los faroles del coche, colgado de la pared, proyectaba aún una luz mortecina y parpadeante, Diana todavía lograba distinguir una o dos de las bailarinas imitadas de la antigüedad que tenía frente a sí. La que mejor se conservaba, aunque también la más mutilada, era una mujer alta, cuyo vestido verdoso tenía cierta lozanía, y cuyos brazos y piernas desnudos estaban dibujados con trazo firme, aunque el rostro, comido por la humedad, había desaparecido por completo. Diana, medio dormida, había oído vagamente lo que el cochero le había narrado al señor Flochardet acerca de la Dama del velo, y, poco

a poco, empezó a imaginar que aquel cuerpo sin rostro debía de tener cierta relación con la leyenda del castillo.

—Yo no sé —pensó— por qué dice papá que es un desatino. Estoy totalmente segura de que aquella señora de la terraza me habló, y además tenía una voz muy bonita y dulce. Me encantaría que volviera a decirme algo. Y si no fuera porque papá cree que sigo enferma y temo disgustarlo, hasta iría a ver si sigue allí.

Apenas hubo tenido este pensamiento, cuando el farol se apagó y pudo ver cómo un hermoso resplandor azul, comparable al de la luna, cruzaba la estancia; y en aquel rayo de luz suave, vio que la bailarina antigua se había desprendido de la pared y se le acercaba.

No piensen ni mucho menos que se asustó, pues era una visión exquisita. El vestido dibujaba mil delicados pliegues sobre el hermoso cuerpo y parecía cuajado de lentejuelas de plata; un cinto de pedrería ceñía el vuelo de la liviana túnica; un velo de brillante gasa envolvía la cabellera, cuyas rubias trenzas se derramaban sobre los hombros blancos como la nieve. Aquella gasa impedía distinguir el rostro, pero parecía como si dos difusos rayos la atravesaran allí donde debieran hallarse los ojos.

Las piernas desnudas y los brazos descubiertos hasta los hombros eran de una perfecta belleza. La ninfa borrosa y descolorida de la pared se había convertido, en fin, en una persona de carne y hueso cuya contemplación era un puro deleite.

Vino muy cerca de la niña y, sin siquiera rozar al padre tendido junto a esta, se inclinó sobre la frente de Diana y la besó: es decir, que Diana oyó el suave chasquido de sus labios y no sintió nada. La niña rodeó con los brazos el cuello de la dama para devolverle la caricia e impedir que se alejara, pero solo abrazó una sombra.

—¿Está usted hecha de niebla —le dijo—, y por eso no puedo tocarla? Por lo menos, dígame algo, para saber si fue usted quien me habló.

—Yo fui —respondió la Dama—. ¿Quieres venir a dar un paseo conmigo?

—Sí que me gustaría, pero quítame la fiebre, para que papá deje de preocuparse.

—No tengas cuidado, conmigo no te pasará nada malo. Dame la mano.

La niña tendió la mano confiadamente y, a pesar de no sentir la del hada, le pareció como si un agradable frescor le recorriera todo el cuerpo.

Salieron juntas de la estancia.

—¿Dónde te gustaría ir?

—Donde tú quieras —dijo la niña.

—¿Quieres volver a la terraza?

—La terraza me ha parecido muy bonita, con todos esos arbustos y aquella hierba tan alta llena de florecitas.

—¿No te gustaría ver mi castillo por dentro? Es todavía más hermoso.

—¡Si está en ruinas y a cielo abierto!

—En eso te equivocas. Así aparece solo a quien no le permito verlo.

—¿Me dejarás a mí?

—Claro que sí. ¡Mira!

De inmediato, las ruinas entre las que Diana creía hallarse se trocaron en una hermosa galería, cuyos techos se ornaban con molduras doradas. Entre los ventanales, las arañas de cristal se iluminaron, y en los vanos se irguieron altas y majestuosas estatuas de mármol negro portadoras de antorchas. Otras figuras, de bronce unas, de mármol blanco o jaspe otras, totalmente doradas las restantes, aparecieron sobre pedestales ricamente esculpidos, y a los pies de la joven viajera se extendió, hasta más allá de donde alcanzaba la vista, un mosaico donde se representaban flores y pájaros en caprichosa disposición. Simultáneamente, se dejaron oír los acordes de una música lejana, y Diana, a quien le encantaba la música, empezó a saltar y a correr, impaciente por ver las danzas, pues tenía la absoluta certeza de que el hada la conducía a un baile.

—¿Tanto te gusta bailar? —Le preguntó el hada.

—No —respondió Diana—. Nunca he aprendido a bailar, y me noto las piernas demasiado débiles; pero me gustan todas las cosas bonitas y quisiera volver a verlos bailar en grupo, igual que en la pintura.

Llegaron a un gran salón rodeado de espejos totalmente iluminados y el hada desapareció; pero enseguida vio Diana a otras muchas semejantes a ella, con el vestido verde y el velo de gasa, brincando grácilmente a cientos en los amplios espejos, al son de una orquesta invisible. Se divirtió sobremanera mirando aquella danza, hasta que se le cansaron los ojos, y sintió que se quedaba dormida. Notó que la despertaba la mano fresca del hada y se encontró en otra habitación de belleza y lujo aún mayores, en cuyo centro estaba dispuesta una mesa de oro macizo artísticamente torneada, rebosante de golosinas, de frutas asombrosas, de flores, de pasteles y de caramelos apilados hasta el techo.

—Coge lo que quieras —Le dijo el hada.

—No me apetece nada —respondió Diana—, tan solo agua muy fría. Tengo tanto calor como si hubiese estado bailando.

El hada le sopló a través del velo, y sintió cómo le desaparecían el cansancio y la sed.

—Ya estás bien; ¿qué te gustaría ver ahora?

—Todo lo que tú quieras que vea.

—¿No se te ocurre nada?

—¿Podrías enseñarme a los dioses?

El hada no pareció sorprenderse ante tal petición. Tiempo atrás había caído en manos de Diana un viejo libro de mitología, cuyas ilustraciones, muy feas, le parecieron, al principio, preciosas, y acabaron sacándola de quicio. Ansiaba ver algo mejor y creía que el hada debía de tener bonitas estampas. Esta la condujo a una estancia que albergaba a personajes mitológicos pintados a tamaño natural. Diana los miró, primero sorprendida y, luego, deseosa de verlos en acción.

—Haz que se acerquen —Le dijo al hada.

Al instante las divinidades salieron de sus marcos y caminaron a su alrededor, para luego elevarse a gran altura revoloteando en el techo como pájaros en plena persecución. Alcanzaron tal velocidad que Diana ya no podía distinguirlas. Le pareció reconocer a algunas que le habían gustado en el libro, la grácil Hebe con su copa, la orgullosa Juno con el pavo real, el apuesto Mercurio

con su sombrerito, Flora con todas sus guirnaldas; pero tanto movimiento volvió a fatigarla.

—¡Qué calor hace en tu castillo! —Le dijo al hada—. Llévame al jardín.

Inmediatamente se encontró en la terraza; pero ya no era aquel lugar descuidado y salvaje que había cruzado para entrar en el castillo. Era un jardín cuyos senderos, en lugar de grava, presentaban un a modo de mosaico con piedrecitas de distintos colores, y jardineras donde las flores formaban mil dibujos, emulando una suntuosa alfombra. Las estatuas entonaban un hermoso cántico en honor de la luna, y Diana deseó ver a la diosa con cuyo nombre la habían bautizado. Al instante, esta se apareció en el cielo bajo forma de nube plateada. Era alta, alta, y portaba un arco muy brillante. Había momentos en que se hacía más pequeña, tan pequeña que semejaba una golondrina; se acercaba y volvía a crecer... Diana se cansó de seguirla con los ojos y le dijo al hada:

—Y ahora me gustaría darte un beso.

—¿Eso significa que quieres irte a dormir? —dijo el hada cogiéndola en brazos—. ¡Pues bien! Duerme,

pero cuando despiertes no olvides nada de lo que te he enseñado.

Diana se durmió profundamente y, cuando volvió a abrir los ojos, se encontró de nuevo acostada en la pila de mármol, dándole la manita a su muñeca. La aurora azulada tomaba el relevo de la luna azul. El señor Flochardet, ya levantado, había abierto su neceser de viaje. Estaba afeitándose tranquilamente, porque en aquella época a cualquier hombre de mundo le habría producido rubor no estar recién afeitado desde por la mañana, incluso en las situaciones más extremas.

Diana se levantó, se puso los zapatos, que se había quitado para dormir, se abrochó el vestido y le pidió a su papá que le dejase el espejo, para poder asearse mientras él iba a organizar la partida con Romanèche. Flochardet, sabiéndola pulcra y cuidadosa, la dejó sola, recomendándole que, si salía, no se aventurase por los escombros del castillo sin fijarse mucho por dónde pisaba.

Diana se aseó, recogió muy bien todos los adminículos del neceser y, al ver que su padre no volvía, se fue a deambular por el castillo, esperando encontrar todas las cosas bonitas que había visto con el hada durante la noche. Pero ni siquiera encontró el lugar en donde se hallaban. Las escaleras de caracol estaban derruidas, o bien los escalones giraban sobre sus ejes sin encontrar apoyo en los costados de las torres derrumbadas. Las salas superpuestas se habían hundido unas encima de otras, por lo que era imposible entender la distribución de las alas del edificio. Se percibía claramente que todas aquellas construcciones habían estado ricamente

decoradas; algunos tramos de pared conservaban restos de pinturas; quedaban vestigios de pan de oro en los mármoles quebrados; bellísimas chimeneas permanecían aún adosadas a las paredes, irguiéndose en el vacío; restos de todo tipo alfombraban el suelo: añicos de cristales de colores, como chispas sembradas entre el verdor de las plantas silvestres, manecitas de mármol, que habían pertenecido a estatuas de Cupidos, alas de Céfiros de bronce, dorado en tiempos, desprendidas de algún candelabro, jirones de tapiz roídos por las ratas, en los que, no obstante, se veía aún el pálido rostro de una reina o un jarrón lleno de flores; en fin, todo un lujo principesco despedazado, todo un mundo de riquezas y placeres reducidos a polvo.

Diana no acababa de comprender aquel abandono de un castillo tan grande, cuya fachada se erguía, esplendorosa aún, en la ladera de la quebrada.

«Debe de ser —pensaba— que lo que veo ahora es un sueño. Me han dicho que, cuando tengo fiebre, desvarío un poco. Anoche no tenía, y veía las cosas tal y como deben ser. Y, sin embargo, no me siento enferma, pero el hada ya me lo dijo: no se puede ver su castillo más que

cuando ella lo permite; y debo conformarme con verlo tal y como me lo muestra en estos momentos».

Después de haber buscado en vano las hermosas estancias, las amplias galerías, los cuadros y las estatuas, la mesa de oro cargada de caramelos, todas las maravillas entre las que había pasado la noche, Diana se fue al jardín y no encontró más que ortigas, zarzas, gordolobos y gamones. Ignoro qué instinto la convenció de que aquellas plantas no eran peores que otras cualesquiera, y aquellos parterres, perdidos los dibujos geométricos y la gravilla coloreada, cuyos vestigios minúsculos encontró buscando fresas, le gustaron tal y como estaban. Recogió algunos fragmentos de los mosaicos, se los guardó en los bolsillos y, al bordear la terraza, buscó entre la maraña de arbustos la estatua que le había hablado la víspera. La encontró de pie junto al gran jarrón, con el brazo extendido hacia la entrada del castillo; pero ya no hablaba. ¿Cómo iba a hablar? No tenía boca, no tenía rostro. Tan solo le quedaba la parte de atrás de la cabeza, con el pliegue de un paño envolviendo la pétrea cabellera. Las demás estatuas presentaban peores mutilaciones, por efecto del paso del tiempo, el abandono y las pedradas de niños necios faltos de mejor diversión. Alguien con más

entendimiento que Diana hubiese comprendido que las estatuas que permanecían en pie en aquel lugar solitario asustaban a los viajeros, y que las personas sensatas, lamentando los desperfectos, habían dejado que los ignorantes creyesen que una dama sin rostro guardaba el castillo, acogiendo a los inofensivos y castigando a los zafios. De hecho, en el tramo difícil y angosto que había al pie de la terraza, entre el muro elevado y el riachuelo, habían ocurrido algunos accidentes, y así se había extendido la creencia de que existía un espíritu guardián de las ruinas, y ya nadie volvió a causar daños; pero el lamentable estado de las demás estatuas reflejaba las afrentas que habían soportado durante largo tiempo. A todas les faltaban uno o ambos brazos, algunas yacían entre cardos morados y linarias amarillas.

Mirando atentamente a la que le había hablado, a Diana le parecía reconocer el retrato de su gentil hada, al tiempo que identificaba aquella figura con la de la bailarina pintada en el cuarto donde había dormido. A este respecto, podía imaginar todo cuanto quisiera, pues todas las divinidades del Renacimiento, que imitan a las antiguas, tienen, tanto en las formas como en el atavío, cierto aire familiar, y al haber dispuesto el azar que

ambas hubiesen quedado sin rostro, la ocurrencia de la niña resultaba, si no atinada, sí al menos ingeniosa.

Cansada de andar, decidió reunirse con su padre, al que halló, al pie de la terraza, intentando acelerar la reparación del coche. Romanèche había localizado a un carretero de los alrededores, un honrado campesino bastante mañoso, pero no muy diligente, y que carecía de las herramientas apropiadas.

—Habrá que tener paciencia, querida señorita —le dijo Romanèche—; le he encontrado un pan moreno que no está nada mal, nata muy fresca y cerezas. Lo he dejado todo en su cuarto. Si quiere volver allí a desayunar, la ayudará a no aburrirse.

—No me estoy aburriendo nada —contestó Diana—, pero sí que iré a comer algo. Le agradezco que se haya acordado de mí.

—¿Cómo te encuentras? —Le preguntó su padre—. ¿Qué tal has dormido?

—No he dormido mucho, papaíto, pero me he divertido a más no poder.

—¿Quieres decir que te has divertido en tus sueños? ¿Has soñado cosas alegres? Ah, pues eso es bueno; ve a comer algo.

Y, viéndola marchar, Flochardet admiraba el buen natural de aquella niña pálida y menuda que siempre lo encontraba todo de su agrado, no molestaba a nadie con su enfermedad y conservaba una plácida jovialidad en cualquier circunstancia.

«No comprendo —pensaba— que mi mujer creyese necesario alejarla de casa, donde apenas se la oía y se mostraba tan complaciente. Ya sé que mi hermana, la superiora de las salesas de Mende, es muy buena con ella, pero mi mujer debería mimarla aún más».

Diana volvió a los baños, y, como sabía leer, se fijó en una inscripción medio borrada, grabada encima de la puerta de las termas. Consiguió descifrarla y leyó: «Baño de Diana».

—¡Anda! —Se dijo riendo—. ¿Así que estoy en mi casa? Con lo que me gustaría bañarme aquí... pero el agua ya no llega, y tengo que conformarme con comer y dormir.

Las viandas que Romanèche había dispuesto para ella en las gradas de la piscina le parecieron exquisitas, y después de desayunar sintió deseos de dibujar.

Ya se imaginarán que apenas sabía; su padre nunca le había dado clases. Se había limitado a proporcionarle cuantos lápices y papel quiso la niña para entretenerse con sus torpes garabatos en un rincón del estudio; por aquella época, intentaba copiar los retratos que veía pintar a su padre. Aquellos intentos de su hija lo divertían sobremanera y le hacían reír de buena gana, pero nunca se hubiese aventurado a afirmar que su hija tuviera la más mínima disposición para el dibujo, y había resuelto no atormentarla imponiéndole su propia carrera.

En el convento donde Diana había pasado el último año, no enseñaban a dibujar. En aquellos tiempos, solo recibían una educación artística los que habían de ganarse con ella la vida, y Flochardet, al ser rico, se proponía hacer de su hija una auténtica señorita, es decir, una linda mujercita que supiese vestir bien y charlar, sin preocuparse por llegar a ser algo más. Sin embargo, a Diana le apasionaba el dibujo, y no había cuadro o estatua o lámina que no examinase con gran atención; la capilla

del convento albergaba algunas imágenes de santas y algunos cuadros que le gustaban, unos más y otros menos. Vaya usted a saber por qué, mirando el fresco de los baños de Diana en el castillo de Cumbrecorva, y recordando de forma algo confusa todo lo que le había mostrado el hada durante la noche, llegó a la conclusión de que las estatuas del convento no tenían ningún valor y de que, en aquel preciso instante, tenía ante sus ojos algo muy bello. Se acordó de que su padre, al guardar los álbumes en el baúl, le había dicho:

—Este pequeño para ti, por si te sigue apeteciendo emborronar papel.

Buscó el álbum y lo cogió, afiló un lápiz con su navajita de bolsillo y se puso a copiar la ninfa del vestido verde iluminada por la brillante luz del sol de la mañana: entonces se fijó en que aquella figura no bailaba; caminaba majestuosamente, quizá siguiendo el ritmo con pasos felinos, pero sin contornearse, pues apoyaba ambos pies en la nube que la sustentaba, y las manos, enlazadas con las de sus hermanas, no tiraban de ellas para hacer girar el corro más aprisa.

—Puede que sea una musa —pensó Diana, que recordaba muy bien la mitología, aunque todas aquellas fábulas profanas estuviesen proscritas en el convento. Sin dejar de cavilar, Diana dibujaba y dibujaba; no le gustó la primera copia, e hizo otra, y luego otra, y otra más, hasta llenar la mitad del álbum; al llegar a ese punto, aún no estaba satisfecha y se disponía a seguir, cuando sintió una mano menuda sobre el hombro. Diana se volvió con viveza y vio a una niña de unos diez años, humildemente vestida, aunque bonita y bien proporcionada, que mirando su dibujo, le dijo en tono burlón:

—¿Se entretiene usted pintando muñecas en los libros?

—Sí —contestó Diana—, ¿y usted?

—¡Yo no, nunca! Mi padre me lo tiene prohibido. Yo no estropeo los libros.

—Mi papá me ha dado este para que me entretenga —prosiguió Diana.

—¿De veras? Debe de ser muy rico.

—¿Rico? La verdad es que no lo sé.

—¿No sabe usted lo que es ser rico?

—Pues no mucho. Nunca he pensado en ello.

—Entonces es rica. Yo, en cambio, sí que sé lo que es ser pobre.

—Si es usted pobre... yo no tengo nada, pero voy a decírselo a papá...

—Pero ¿acaso me toma por una mendiga? ¡Es usted un poco maleducada! Solo porque llevo un vestidito de algodón y usted una falda de seda. Pues para que lo sepa, aun así, yo estoy muy por encima de usted. No es usted más que la hija de un pintor, y yo soy la señorita Blanca de Cumbrecorva, hija del marqués de Cumbrecorva.

—¿Y usted de qué me conoce? —dijo Diana, sin inmutarse lo más mínimo ante aquellos honores de los que no entendía ni pizca.

—Acabo de ver a su papá de usted en el patio del castillo, donde ha estado charlando con mi padre. Sé

que ha pasado aquí la noche, su papá se ha disculpado por ello, y mi padre, que es todo un señor, lo ha invitado a venir a una casa en mejores condiciones que este castillo abandonado. Para que lo sepa, vendrán ustedes a almorzar con nosotros a la casa nueva.

—Yo iré donde diga mi papá —contestó Diana—, pero me gustaría saber por qué dice que este castillo está abandonado. A mí me parece que todavía es muy bonito y que usted no sabe todo lo que hay dentro.

—Pues dentro hay —dijo la señorita de Cumbrecorva con aire triste y altanero— culebras, murciélagos y ortigas. No entiendo por qué se burla usted de mí. Sé que hemos perdido la fortuna de nuestros antepasados y que no nos queda más remedio que vivir como hidalgos campesinos. Pero mi papá me ha explicado que eso no nos rebaja, porque nadie puede impedir que nosotros seamos los Cumbrecorva auténticos.

Diana cada vez entendía menos lo que pensaba y decía aquella damita. Le preguntó con toda ingenuidad si era la hija de la Dama del velo. Aquella pregunta pareció irritar sobremanera a la joven castellana.

—Sepa usted —respondió secamente— que no existe la Dama del velo y que solo los ignorantes y los locos pueden creer semejantes bobadas. No soy la hija de un fantasma, mi madre era de tan buena cuna como mi padre.

Diana se daba cuenta de que era demasiado ignorante para contestarle, y no respondió. Su padre regresó y le dijo que se preparase para partir. El coche estaba arreglado. El marqués de Cumbrecorva se empeñaba en que el pintor se quedase a almorzar. La casa nueva del marqués estaba a la salida de la quebrada, junto al camino de Saint-Jean-Gardonenque. De tarde en tarde, el marqués iba a dar un paseo por las ruinas de la mansión de sus antepasados, y, ese día, que pasaba por allí por casualidad, fue muy amable y hospitalario con aquellos viajeros accidentados que se habían visto en la necesidad de pasar allí la noche.

Bajando la voz, Flochardet le sugirió a Diana que se cambiase de vestido antes de cerrar los baúles, pero Diana, a pesar de su sencillez, tenía no poco tacto. Veía claramente que Blanca de Cumbrecorva le envidiaba su discreto atuendo de viaje. No quería aumentar su resentimiento poniéndose aún más elegante. Rogó a su

padre que le permitiera quedarse como estaba, e incluso se quitó y se guardó en el bolsillo un brochecito de turquesas que usaba para sujetarse al cuello la cinta de terciopelo negro.

Cuando el equipaje estuvo de nuevo cargado en el coche, el marqués y su hija, que habían venido andando, subieron en él junto a Diana y Flochardet, y, media hora más tarde, llegaban a la casa nueva.

Se trataba de una pequeña casa de labor que ostentaba en el sobrado las armas de la familia. Los aposentos de los señores eran de lo más modesto. El marqués era muy buena persona, algo corto de entendederas, poco instruido aunque bien educado, muy hospitalario, muy pío, y, no obstante, incapaz de resignarse a ser uno de los nobles más insignificantes de su provincia, él, que por nacimiento, se envanecía de estar por encima de los ocho grandes barones de Gévaudan.

A nadie miraba con rencor y le parecía muy justo que un pintor se enriqueciese gracias a su trabajo. Demostró sentir gran estima por Flochardet, del que ya había oído hablar, y le dispensó el mejor recibimiento posible; pero no podía evitar disculparse a cada momento por carecer

de todo lujo, al tiempo que lamentaba que, en aquel mundo decadente, la nobleza arruinada no mereciese ninguna consideración.

No podía decirse que le gustara quejarse. Sencillamente se aburría y disfrutaba sobremanera con la menor distracción, pero hacía mal al hablar continuamente de su posición delante de su hija. La joven Blanca adolecía de una soberbia y una envidia innatas que habían contribuido a agriarle el carácter de forma prematura, lo cual era muy de lamentar, pues podía haber sido una niña encantadora, tan feliz como cualquier otra, si hubiese sabido conformarse con su suerte. Su padre era muy bueno con ella, y, al fin y al cabo, tan solo carecía de lo superfluo.

El almuerzo resultó muy decente; lo sirvió con esmero una rolliza campesina, que era el ama de Blanca y la única sirvienta de la casa.

Se habló de muchas cosas que no interesaban a Diana. Pero cuando surgió el tema del viejo castillo, aguzó el oído cuanto pudo, pues la había apenado mucho tener que marcharse de allí, aunque no hubiese dicho nada.

Su padre se dirigía al marqués en estos términos:

—Me sorprende, ya que tanto se queja usted de ciertos apuros económicos, el estado de abandono en que se encuentran tantas antigüedades de las que se podría sacar buen partido.

—¿Pero realmente quedan obras de arte en mi castillo? —preguntó el marqués.

—Las hubo antes de que se hundieran todos los techos. He visto muchos restos que, de haberse recuperado a tiempo, se podrían haber enviado a Italia, donde aún se aprecian las antigüedades clásicas.

—Sí —prosiguió el marqués—; ya sé que, con algún dinero, hubiese podido salvar alguna que otra cosa; pero, por pequeña que fuese la suma, yo no disponía de ella. Hubiese tenido que encargar a un artista que seleccionara y tasara lo que merecía la pena; y luego el embalaje, el transporte de las piezas, una persona de confianza para vigilarlas... Comprenderá usted que el oficio de comerciante no va conmigo.

—Pero ¿no ha habido nadie por estos alrededores a quien se le antojara algún tapiz o alguna estatua?

—Nadie. Los ricos de hoy desprecian esas antiguallas. Siguen la moda al pie de la letra, y lo que está de moda es tener la casa llena de adornos chinos, de rocallas y de pastoras con pelucas empolvadas; ya no gustan las ninfas ni las musas. Cuanto más retorcido, lujoso y recargado sea todo, mejor. ¿No opina usted así?

—Yo nunca hablo mal de la moda —respondió el pintor—. Mi condición me obliga a ser su ciego y devoto servidor. Sin embargo, la moda cambia, y puede que vuelva el gusto por el estilo antiguo de tiempos de los Valois. Si ha salvado usted algún resto de la decoración del castillo, consérvelo; puede que, en algún momento, llegue a tener cierto valor.

—No he salvado nada —contestó el marqués—. Cuando vine al mundo, mi padre ya había dejado que todo se echara a perder, por despecho y también por orgullo. Por nada del mundo se hubiese dejado convencer para vender una sola piedra de su castillo, y vivió en él hasta que empezó a caérsele encima. Yo soy más humilde, me conformo mejor con la voluntad del cielo, y vine a vivir

a esta simple casa de labor, que es el único bien que me queda de nuestras inmensas propiedades.

Diana intentaba comprender lo que oía y creía entenderlo; le entró cargo de conciencia. Se sacó del bolsillo un puñado de piedrecitas de colores, que había recogido en el parterre y, dándoselas al señor Flochardet, le dijo:

—Papá, cogí esto en el jardín del castillo. Creía que eran piedrecitas como las demás; pero ya que dices que el señor marqués hace mal en dejar que todo se eche a perder, tengo que devolverle lo que es suyo, porque yo no tenía intención de robar.

Al marqués lo enterneció la delicadeza de Diana y, volviendo a poner las teselas en la mano de la niña, le dijo:

—Quédese con ellas como recuerdo nuestro; lamento, querida niña, que sean trozos de vidrio y fragmentos de mármol sin ningún valor. Me gustaría poder regalarle algo mejor.

Diana no se decidía a volver a guardarse las baratijas que le ofrecían con tanta gentileza. Al sacar apresuradamente todo lo que llevaba en el bolsillo, había sacado también el brochecito de turquesas, y miraba a su padre, señalándole a la señorita Blanca; esta miraba la joya y parecía no tener más deseo en el mundo que cogerla.

Flochardet comprendió las buenas intenciones de su hija, y tendiendo el broche a la señorita de Cumbrecorva, le dijo:

—De parte de mi hija, le ruego que acepte, a cambio de sus lindas piedrecitas, estas otras piedras talladas, para que así conserven ambas un recuerdo.

Blanca se ruborizó hasta las orejas. Era demasiado orgullosa para aceptar llanamente, pero deseaba tanto conseguir aquellas adorables turquesas que el corazón le latía más deprisa.

—Si no acepta usted, le dará a mi hija un gran disgusto —dijo Flochardet.

Blanca asió la joya con un gesto nervioso, casi arrancándosela al pintor de las manos, y se fue corriendo, sin perder tiempo en dar las gracias, pues temía que su padre no le dejase aceptarla.

Dicho temor estaba bien fundado, pero el marqués no tenía la seguridad de que su hija lo obedeciese, y, conociendo el carácter de la niña, no quiso que sus huéspedes presenciaran una escena enojosa. Rogó a Flochardet que disculpara los bruscos modales de aquella fierecilla y le dio las gracias en su nombre.

Después del almuerzo, Flochardet, que quería viajar durante el resto del día, se despidió del marqués, invitándolo a que lo honrase con su visita si algún día pasaba por el sur. El marqués le agradeció el rato agradable que había pasado en su compañía, e intercambiaron un apretón de manos. Mandó a buscar a Blanca, que acudió a regañadientes y le dio a Diana un frío beso. Lucía en el cuello el broche de turquesas, y lo protegía con la mano, como si temiese tener que devolverlo. Diana no pudo evitar pensar que era bastante tonta, pero la perdonó en consideración al buen marqués, que había mandado

llenar los cestos del coche con sus mejores bollos y sus frutas más apetitosas.

EL PEQUEÑO BACO

El resto del viaje transcurrió sin incidentes.

Diana no volvió a tener fiebre, y ya casi había recuperado el buen color cuando Flochardet la depositó en brazos de su madrastra, diciéndole:

—Se la traigo a casa porque estaba enferma. Creo que ya está bien, pero aun así habrá que asegurarse de que no vuelva a tener fiebre.

Diana estaba tan contenta de haber regresado a casa de sus padres que, durante unos días, pareció que la felicidad se le había subido a la cabeza. La señora Flochardet también se alegraba y los primeros días se ocupó mucho de ella. Parecía querer mucho a Diana. Le hizo mil y un regalitos y jugaba con ella como con una linda muñeca. Diana dejó que le rizara el pelo, que la adornara y no demostró impaciencia alguna durante todo ese tiempo que dedicaba a acicalarla pero, aunque no llegara a darse cuenta, la aburría sobremanera ocuparse tanto de su persona. Se tragaba los bostezos y se

le ponía mal color cuando tenía que permanecer frente a un espejo, comprobando cómo le sentaban este tocado o aquella prenda. Ella sola no sabía arreglarse a gusto de su madrastra, y cuando intentaba ir más sencilla y atenerse a su propio gusto, esta la reñía agriamente como si hubiese cometido una falta grave. Le hubiese gustado emplear el tiempo en algo distinto, aprender lo que fuera. Hacía muchas preguntas, pero la señora Flochardet opinaba que eran bobadas que no venían a cuento, y le parecía inútil aquella curiosidad por los asuntos serios. Diana tuvo que ocultarle sus vivos deseos de aprender a dibujar. La señora Laura Flochardet soñaba con el día en que su marido consolidara su fortuna para que en aquella casa no se volviese a hablar de pintura y poder entregarse en cuerpo y alma a ejercer de gran señora.

Diana empezó a aburrirse de verdad y a echar de menos el convento, pues, aunque no le gustaba demasiado, al menos allí sabía a qué debía dedicar cada hora. Se le puso de nuevo mala cara, se movía con desgana y le volvió a dar la fiebre, un día sí y otro no, desde que se ponía el sol hasta por la mañana.

Esta situación alarmó a doña Laura más de la cuenta y martirizó a Diana obligándola a ingerir gran cantidad de pócimas, siguiendo los consejos de cuantas señoronas la visitaban. Cada día traía un nuevo invento contra la fiebre, y al no perseverar en ninguno, ninguno daba resultado. La niña seguía aceptándolo todo e intentaba tranquilizar a sus padres asegurando que no tenía nada y que no sentía ningún malestar.

El señor Flochardet, que no podía dedicarle tantas energías como su mujer, estaba más afectado que ella. Su trabajo de pintor le ocupaba todas las horas del día, y por las noches se apostaba junto a la cama de su hija, y, al oírla delirar, temía que llegase a enloquecer.

Por fortuna, tenía gran amistad con un anciano y bondadoso doctor, que enfocó mucho mejor el asunto. Conocía bien a la señora Flochardet y observaba su forma de actuar con la niña. Un día, le dijo al señor Flochardet:

—Lo que hay que hacer con esta niña es dejarla en paz, deshacerse de tanto frasco y tanta píldora, no darle más que lo que yo le recete y no llevarle la contraria en sus preferencias, que me parecen todas razonables. ¿No ve usted que la vida ociosa que se le impone, para evitar

que enferme, es precisamente la causa de su dolencia? Se aburre; déjela que se busque algo que hacer, y cuando haya demostrado afición por algún estudio, ayúdela a volcarse en él. Ante todo, no la convierta en un maniquí probándole un vestido tras otro, pues no disfruta con ello en absoluto, sino que le resulta muy cansado. Que vaya sin corsé y con el pelo suelto, y si a la señora Flochardet la disgusta verla así, procure que se olvide de ella y se busque otras ocupaciones.

El señor Flochardet comprendió los argumentos del doctor, y, sabiendo cuán difícil resultaba convencer a doña Laura, se esforzó por distraer su atención. La tranquilizó comunicándole que la niña no padecía nada grave y la animó a que reanudara su vida de visitas, paseos, almuerzos en la ciudad y veladas para bailar o conversar.

No le costó mucho convencerla. Diana quedó libre, y su ama, encargada de servirla y hacerle compañía, siguió siendo tan tolerante como antaño.

Fue entonces cuando Diana volvió a pedir permiso, que le fue concedido, para entrar, mientras él trabajaba, en el taller de su padre, donde volvió como solía, tranquilita

en su rincón, a observar ora el lienzo, ora el modelo, aunque ya no intentaba dibujar los monigotes de los que tanto se habían reído. Ahora ya sabía que la pintura era un arte y para dominarla era necesario estudiar.

Su deseo de aprender a pintar seguía siendo tan intenso que casi no podía pensar en otra cosa; pero ya no hablaba de ello, temiendo que su padre le recordara, como en otras ocasiones, su falta de aptitudes, y que su madrastra se opusiera.

Sin embargo, el señor Flochardet no llevaba la contraria a su hija. Tras haberle aconsejado el anciano médico, el señor Féron, que la dejara seguir sus tendencias, estaba a la espera de que volviese a mostrar su antigua afición al retrato, y había puesto a su disposición una reserva de lápices y de papel. Diana no hacía uso de ellos, miraba las obras y los cartones de su padre, y se quedaba ensimismada.

Con frecuencia se acordaba del castillo de Cumbrecorva y, si alguna vez se hablaba en su presencia de aquella ruina donde el señor Flochardet tuvo que resignarse a pasar una noche, ya no se atrevía a creer todo lo que el hada del velo le había enseñado. Lamentaba

haberlo visto de forma tan confusa, quizá turbada por la fiebre, y, si es que realmente solo había sido un sueño, anhelaba que se repitiera. Pero nunca se sueña con lo que se quiere soñar, y la musa de los baños de Diana no volvió a llamarla.

Un día, mientras recogía sus juguetes, pues era muy ordenada, encontró las piedrecitas y los fragmentos de mosaico del parterre de Cumbrecorva. Entre las piedras había una bola de arena dura, del tamaño de una nuez, que había recogido pensando usarla como canica. Por primera vez intentó jugar con ella; pero, al hacerla saltar, vio que la arena se desprendía y dejaba al descubierto una auténtica canica de mármol. Mas aquella canica no era completamente redonda, sino más bien ovalada, y en su superficie se notaban abolladuras y relieves. Diana la examinó y descubrió que se trataba de una cabecita, la cabeza de una estatuilla de niño, y aquella carita le pareció tan linda que no podía dejar de mirarla, poniéndola bajo todos los ángulos, unas veces a pleno sol, y otras en penumbra, y le parecía que cada vez le veía un atractivo nuevo.

Llevaba absorta en ello una hora, cuando el doctor, que había entrado sin hacer ruido y la estaba observando, le dijo con voz amistosa:

—¿Qué es lo que miras y con lo que tanto disfrutas, querida Diana?

—No lo sé —contestó Diana sonrojándose—; mírelo usted, mi buen amigo, yo creo que es la cara de un amorcillo.

—Más bien la de un joven Baco, pues lleva pámpanos en el pelo. ¿Dónde la has encontrado?

—Entre la arena y las piedras de aquel viejo castillo del que mi papá le volvió a hablar precisamente ayer.

—¡Déjame que lo vea! —respondió el doctor poniéndose las gafas—. ¡Caramba, esto es muy bonito! Es una antigüedad.

—¿Eso significa que no está de moda hoy en día? Mamá Laura dice que todo lo antiguo es espantoso.

—Yo opino todo lo contrario; lo que me parece espantoso es lo moderno.

El señor Flochardet entró en ese preciso instante. Acababa de despedir a un cliente cuyo retrato estaba pintando, y, antes de que llegara el siguiente, venía a saludar al doctor y a preguntarle qué tal encontraba a la niña.

—Yo creo que está bien —contestó el señor Féron— y que tiene más sentido común que usted, pues se deleita con este mínimo fragmento de escultura, y apuesto a que a usted no le causa ninguna admiración.

Tras averiguar cómo había llegado aquello a manos de Diana, Flochardet lo miró con indiferencia y, dejándolo sobre la mesa dijo:

—No es sino un objeto más de aquella época, suponiendo que realmente sea una antigüedad. Mi opinión no es tan autorizada como la de usted, que es un maniático de esa clase de restos y cree poder juzgarlos. No digo que no sea un entendido y un erudito, estimado doctor; pero semejantes desechos están tan desgastados, tan deformes, que a menudo no los ve usted con los ojos,

sino con la fe. Confieso que yo sería incapaz de algo así, y que todas esas supuestas obras de arte griegas o romanas me recuerdan a las muñecas de Diana cuando tienen la nariz rota y las mejillas rasguñadas.

—¡Hereje! —dijo el doctor indignado—. ¡Cómo osa comparar...! ¡Usted, que no es más que un artista frívolo! ¡Solo entiende de encajes y manguitos, no tiene ni la menor idea de lo que es la vida!

Flochardet estaba acostumbrado a aquellos prontos del doctor. Reaccionaba ante ellos con hilaridad, y al avisarle un criado de que el coche de su cliente, la marquesa de Siete Picos, estaba entrando en el patio, se retiró sin dejar de reír.

—Querido amigo, ¿cómo puede ser usted tan malo hoy? —le dijo Diana al doctor muy escandalizada—; mi papá es un gran artista, todo el mundo lo dice.

—Por eso mismo no debería decir sandeces —replicó el doctor, aún muy alterado.

—Si lo que dice no es cierto, si lo dice en broma.

—¡Eso parece! Dejémoslo, pero tú... atiende: te parece bonita esta cabeza, ¿verdad?

—¡Ay, sí, muy bonita, de verdad, me gusta mucho!

—¿Sabes por qué?

—No.

—Intenta explicarlo.

—Pues porque se ríe, es alegre, joven, parece un niño de verdad.

—Y, sin embargo, es la imagen de un dios.

—Ya lo ha dicho usted, el dios de la vendimia.

—Por tanto, no es un niño como los demás. Quien lo esculpió debió de pensar que este niño debía ser más fuerte y más orgulloso que cualquier hijo de vecino. Fíjate en el nacimiento del cuello, la fortaleza y la elegancia de la nuca, la cabellera indómita sobre la frente, estrecha y despejada, y no por ello menos noble. Pero hablo demasiado, todavía no me entiendes.

—Continúe, querido amigo. ¡Quizá llegue a entenderlo!

—¿No te fatigas escuchándome?

—En absoluto, me descansa.

—Pues bien, has de saber que los artistas griegos poseían un sentido de la grandeza que plasmaban en las cosas más pequeñas. ¿No recuerdas haber visto mi colección de estatuillas?

—Claro que sí, me acuerdo muy bien, y también de otras colecciones más hermosas que hay en la ciudad; pero nadie me ha explicado nunca nada.

—Una mañana de estas vendrás a casa y te explicaré cómo, con los medios más sencillos, y con formas apenas esbozadas, aquellos artistas siempre alcanzaban lo grande y lo bello. También verás bustos romanos de época más reciente. ¡Qué grandes artistas fueron también los romanos! Menos nobles, menos puros que los griegos, pero siempre auténticos, sintiendo la vida donde realmente la hay.

—¡Ahora sí que no entiendo! —dijo Diana suspirando—. ¡Y me gustaría tanto saber qué es lo que usted llama vida!

—Es muy fácil. Un vestido, un zapato, un peine, ¿son cosas vivas?

—¡Pues claro que no!

—Mi mirada, mi sonrisa, esta profunda arruga que tengo en la frente, ¿son cosas muertas?

—¡Por supuesto que no!

—Pues bien, cuando ves que el personaje de un cuadro, o el de una estatua, no son sino figuras carentes de vida, ten por seguro de que no tienen más arte que una de tus muñecas y que todos los detalles de la ropa o las joyas no les prestan vida. Eso que tienes ahí no es más que una cabeza sin cuerpo, y muy desgastada por el roce. A pesar de todo está viva, porque el que la esculpió en ese pedacito de mármol quiso y supo darle vida; ¿lo entiendes ahora?

—Creo que sí, un poco; pero siga contándome.

—No, basta por hoy. Ya hablaremos de ello en otra ocasión; no pierdas...

—¿Esta cabecita? ¡Oh! No hay cuidado. Me gusta tanto... Me la dio alguien a quien nunca olvidaré.

—¿Quién fue, pues?

—La señora que... la Dama que... ¡Pero si no puedo decírselo!

—¿Tienes secretos?

—¡Pues sí! ¡No quiero decirlo!

—¿Ni siquiera a mí, a tu viejo amigo?

—¿No se burlará de mí?

—Te juro que no.

—Pero dirá que fue por la fiebre.

—¿Y aunque así fuera?

—Que me dolería.

—Entonces no lo diré, cuéntamelo.

Diana narró todas las visiones y encantamientos del castillo de Cumbrecorva, y el doctor la escuchó sin reírse, sin parecer dudar de su palabra. Incluso la ayudó con sus preguntas a recordar mejor y a expresarse con gran claridad. Para él resultaba un estudio interesante de los fenómenos que provoca la fiebre en la imaginación de una niña con gran predisposición para la poesía y, por tanto, para lo maravilloso. Decidió que era mejor no desengañarla. La dejó como al principio, con la duda. No quiso afirmarle que lo que había visto y oído era auténtico y verdadero. Hizo como si no supiera más que ella si se trataba o no de un sueño, y al dejarle aquella incertidumbre le dio también una gran alegría. Al despedirse, se decía a sí mismo:

«Qué poco sabemos el daño que causamos a los niños burlándonos de sus tendencias naturales, y cuánto mal podemos hacerles cohibiendo sus facultades. Esta niña es una artista de nacimiento, y su padre ni siquiera lo sospecha. ¡Que Dios la proteja de sus lecciones! Le estropearía la intuición y la asquearía del arte».

Afortunadamente para Diana, su buen padre no tenía el más mínimo empeño en que estudiara, y, viéndola delicada, estaba decidido a no llevarle la contraria en nada. La niña pasó varias mañanas en casa del doctor; vio una y otra vez las antigüedades, los bustos, las estatuillas, las medallas, los camafeos y los grabados que este poseía. Era un aficionado serio y buen crítico, aunque nunca se le había ocurrido coger un lápiz; lograba que Diana comprendiese, y ello era suficiente para que se le antojara copiar cuanto veía. Así pues dibujó mucho durante aquellas visitas.

Mentiría, queridos niños, si les dijera que dibujaba bien; tenía pocos años y aún menos pautas; pero sí había aprendido algo importante, y es que comprendía que sus dibujos no valían nada. Antaño, todo lo que trazaba con el lápiz le parecía bien. Su imaginación e ignorancia transformaban todos sus monigotes en exquisitos personajes, y, cuando hacía un redondel con cuatro palos debajo, se quedaba convencida de que se trataba de un cordero o de un caballo. Aquellas ilusiones fáciles se habían desvanecido y, cada vez que terminaba un apunte, por mucho que el doctor le dijese: «¡Vaya, vaya! No está

mal», ella se decía a sí misma: «Sí, claro que está mal; me doy perfecta cuenta de que está mal».

Durante algún tiempo, creyó que lo que le impedía ver con claridad era la fiebre, y constantemente le rogaba a su querido amigo que la curase. Este lo fue consiguiendo poco a poco, y entonces, al sentirse más fuerte y animosa, no tuvo ya tanta prisa por aprender a dibujar. Se olvidó de los lápices y se dedicó a pasear por el jardín o por el campo con su ama, divirtiéndose con cualquier cosa, recobrando fuerzas y durmiendo muy bien por las noches.

EL ROSTRO PERDIDO

En mayo, la familia del pintor se trasladó de la ciudad al campo. Diana estaba encantada.

Un buen día, mientras cogía violetas en las lindes de un bosquecillo situado entre el jardín de su padre y el de una señora de la vecindad, oyó voces muy cerca de donde se hallaba, y, mirando por entre las ramas, vio a su madrastra de visita en casa de aquella señora, luciendo un bonito vestido de muselina con viso de tafetán color de rosa. La vecina vestía de modo más apropiado para pasear por el bosque, donde se había encontrado con doña Laura. Ambas se hallaban sentadas en un banco.

Diana se disponía a saludarlas, pero la timidez la detuvo. No es que fuese arisca, pero doña Laura se había vuelto con ella tan fría e indiferente que ni siquiera sabía si le agradaría verla en aquel instante. Así pues se alejó, indecisa y apenada, y siguió cogiendo violetas, pues prefería no huir y esperar a que la llamasen. Al agacharse detrás de unos arbustos, las señoras dejaron de verla y Diana oyó cómo doña Laura le decía a su amiga:

—Pensé que se acercaría a presentarle sus respetos, pero se ha escondido para poder zafarse. ¡Esta pobre niña está muy mal educada desde que se me prohibió ocuparme de ella! Pero ya ve usted, querida señora, su padre es débil, y se deja mangonear por ese doctor Féron, que es un hurón estrafalario. Ha dispuesto que la niña no debía recibir ninguna educación. ¡Y ya ve usted qué buenos resultados!

—Es una lástima —dijo la otra señora—; es guapa y parece tan dulce. A menudo la veo pasar por mi parterre, nunca toca nada y me saluda muy fina cuando me ve. Si se arreglase un poquito, sería perfecta.

—¡Huy, arreglarse, qué dice usted! ¡Figúrese, querida, que ese viejo doctor le ha prohibido llevar corsé! ¡Ni una sola ballena en todo el cuerpo! ¿Cómo quiere usted que no le salga joroba?

—No es jorobada. Muy al contrario, tiene una bonita figura; pero podría ir vestida de forma holgada sin por ello negarle alguna puntilla para las faldas.

—¡Bah! Es ella la que no quiere. A esa niña le repugna arreglarse. Le viene de su madre, que era una mujer del

vulgo, con mayor preocupación por la cocina que por el buen gusto y el buen tono.

—Yo conocí a su madre —respondió la vecina—. Era una mujer de bien, una persona sensata y muy distinguida, se lo aseguro.

—¡Ah! ¿Qué me dice? Yo hablo de oídas. El señor Flochardet tiene un retrato suyo escondido por alguna parte. Nunca me lo ha enseñado. No quiere que le hable de ella, y, al fin y al cabo, ¡a mí me da lo mismo! ¡Qué críen a la niña como les parezca! Ya que no es asunto mío... Y eso que yo hubiera llegado a quererla, si me hubiesen encomendado que hiciera de ella una muchacha agradable... Pero...

—¿Es acaso gruñona y antipática?

—No, querida señora, muchísimo peor; es boba, distraída y creo que hasta algo corta de entendimiento.

—¡Pobrecilla! ¿Y no le enseñan nada de nada?

—¡Nada en absoluto! No sabe ni siquiera atarse un lazo ni colocarse una flor en el pelo.

—Yo creía que le gustaba dibujar.

—Sí, eso sí, pero su padre dice que carece de gusto y que no entiende nada de pintura, pero tampoco entiende nada de todo lo demás...

Diana no siguió escuchando. Se había tapado los oídos con las manos y corrió a lo más profundo del bosque para esconder las lágrimas. Sentía una enorme congoja sin saber muy bien el porqué. ¿Era acaso la humillación de que la considerasen tan tonta, el desaliento al saber que su padre la tenía por incapaz? ¿O se trataba más bien de dolor al descubrir que no la querían?

—Pero mi papá sí que me quiere —se decía—; estoy segura. Piensa que soy tonta y torpe... Quizás, pero no por ello deja de quererme. A mamá Laura sí que no le importo nada y me desprecia.

Hasta entonces, Diana había puesto todo su empeño en querer a doña Laura. En aquel instante, sintió que no representaba nada para ella, y, por primera vez, pensó en su madre y se esforzó cuanto pudo por recordarla, pero le resultó del todo imposible; había muerto estando aún ella en la cuna y no se había enterado de nada.

Recordaba muy vagamente la boda de su padre con doña Laura; aquel día solo le había llamado la atención su ama; recordaba haberle oído decir varias veces, mientras la miraba: «¡Pobre nenita! ¡Qué gran desgracia!».

Doña Laura le había dado un beso y la había atiborrado de caramelos. La niña no volvió a fijarse en la pena de su ama. Empezó a comprenderla al oír las agrias palabras que les dedicara su madrastra a ella y a su difunta madre, de la que nadie le había hablado jamás, y en la cual empezó a pensar con una intensidad y un dolor totalmente desconocidos hasta entonces. Era como si se descubriera, en el fondo del corazón, un sentimiento aletargado. Se dejó caer en la hierba repitiendo con voz entrecortada por los sollozos:

—¡Mamá! ¡Mamá!

Entonces oyó que una dulce voz la llamaba por entre las ramas de los lilos en flor:

—Diana, Diana querida, ¿dónde estás, mi niña?

—¡Aquí, aquí, estoy aquí! —exclamó Diana corriendo, fuera de sí.

La voz la llamó de nuevo, ora por este lado, ora por aquel otro. Diana se abalanzaba para darle alcance, y acabó por llegar a la orilla de un ancho río sin saber en qué comarca se hallaba. Se metió en el agua y se encontró sentada en un delfín con ojos de plata y aletas de oro. Ya no pensó en su madre. Veía sirenas que cogían flores en medio del río. De repente, se halló en lo más alto de una montaña donde una gran estatua de nieve le dijo:

—Yo soy tu madre. ¡Ven a darme un beso!

Y no pudo moverse, pues se había convertido en otra estatua de nieve; se partió en dos y rodó hasta el fondo de un barranco, donde volvió a ver el castillo de Cumbrecorva y a la Dama del velo que le hacía señas para que la siguiera. Intentó gritar: «¡Déjame ver a mi madre!», pero la Dama del velo se convirtió en nube, y Diana se despertó al sentir un beso en la frente. Era su ama, la buena de Jovita, que la incorporó mientras le decía:

—Llevo más de un cuarto de hora buscándola. No debe dormirse así, tumbada en la hierba, la tierra aún está húmeda. Le traigo la merienda. ¡Pero levántese, que va a coger algo! Venga aquí, a comer al sol.

Diana no tenía apetito. Aquel sueño la había dejado muy trastornada, y lo confundía con lo que le había sucedido antes. Tardó un ratito en recobrarse; y entonces, inesperadamente, le dijo a Jovita:

—Tata, ¿dónde está mamá? No la mamá de ahora, ¡no, esa no! Doña Laura no; mi mamá de verdad, la que tenía antes...

—¡Dios bendito! —dijo Jovita con gran sorpresa—. ¡Sabe perfectamente que está en el cielo!

—¡Sí, eso ya me lo has contado! Pero ¿dónde está el cielo? ¿Por dónde se va?

—Por la sensatez, niña mía, por la bondad y la paciencia —contestó Jovita, que nada tenía de necia, aunque hablase poco, y nunca a tontas y a locas.

Diana inclinó la cabeza reflexivamente.

—Ya sé —dijo— que soy una niña y que no tengo uso de razón.

—¡Ya lo creo que sí! Para su edad, más que suficiente.

—Pero las niñas de mi edad, les parecen tontas y aburridas a los demás, ¿verdad?

—¿Por qué dice eso? ¿Acaso yo me aburro estando con usted? Su padre la adora y el doctor la quiere mucho.

—Pero, ¿y doña Laura?

Y, al ver que Jovita, a quien no le gustaba mentir, nada contestaba, Diana añadió:

—¡Ah, sé de sobra que no me quiere! Dime si mi madre me quería.

—Por supuesto, con locura, aunque usted no era más que una niña chiquitina.

—Y si me viera ahora, ¿me querría más o menos que antes?

—Las madres siempre quieren a sus hijos igual, a cualquier edad.

—Entonces, ¿ha sido una gran desgracia el perder a mi madre?

—Es una gran desgracia que usted misma debe compensar siendo tan buena y obediente como si ella la estuviera viendo.

—Pero ¿acaso no me ve?

—¡Ah, yo no he dicho eso! La verdad es que no lo sé, pero no puedo decir que no la esté viendo.

Era esta una respuesta muy apropiada para alguien con la imaginación y la sensibilidad de Diana. Dio un beso a su ama y le hizo mil y una preguntas acerca de su madre.

—Niña mía —dijo Jovita—, me pide usted demasiado. Conocí a su madre durante muy poco tiempo. Para mí, era lo mejor y más hermoso que había en este mundo. Lloré mucho por ella, y todavía lloro cuando la recuerdo. Así que no me la nombre demasiado si no quiere entristecerme.

Respondía de este modo para calmar a Diana, a la que veía muy agitada. Consiguió distraerla, pero la niña volvió a tener algo de fiebre aquella noche, así como sueños enrevesados y agotadores. Por la mañana se

tranquilizó, abrió los ojos y vio cómo despuntaba el día. A través del visillo azul, toda la habitación parecía azul y no lograba distinguir nada. Poco a poco, empezó a ver con mayor nitidez a alguien erguido a los pies de la cama.

—Tata, ¿eres tú? —dijo.

Pero aquella persona nada respondió, y Diana oyó que Jovita tosía levemente en su cama. ¿Quién podría ser aquella persona que parecía velar a Diana?

—¿Es usted, mamá Laura? —dijo olvidando sus duras palabras y con el único deseo de poder seguir queriéndola.

La persona siguió sin responder, y Diana cayó en la cuenta de que un velo le tapaba la cara.

—¡Ah! —exclamó con regocijo—. ¡Ya la reconozco! ¡Es usted mi hada buena del castillo! ¡Por fin ha vuelto! ¿Viene usted para ser mi madre?

—Sí —contestó la Dama del velo, con su hermosa voz de timbre cristalino.

—¿Y me querrá usted?

—Sí, siempre y cuando me quieras tú a mí.

—¡Ay, yo sí la querré!

—¿Quieres dar un paseo conmigo?

—Desde luego, ahora mismo; pero, ¡estoy tan débil!

—Te llevaré en brazos.

—¡Sí, sí! ¡Vamos!

—¿Qué quieres ver?

—A mi madre.

—¿A tu madre?... Soy yo.

—¿De verdad? ¡Ay, entonces quítese el velo de la cara, para que pueda verla!

—¡Bien sabes que ya no tengo cara!

—¡Vaya! Entonces, ¿no podré verla nunca?

—Eso depende de ti, la verás el día que me la devuelvas.

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué significa eso y qué debo hacer?

—Será preciso que la encuentres. Ven conmigo, te enseñaré muchas cosas.

La Dama del velo cogió a Diana en brazos y se la llevó... No sabría decirles dónde, Diana jamás logró acordarse de ello. Debió de ver cosas muy hermosas, pues cuando Jovita fue a despertarla, la rechazó con la mano y se dio la vuelta hacia la pared para seguir durmiendo y soñando, pero el sueño había cambiado. La Dama del velo tenía ahora los rasgos y las ropas del doctor, y le decía:

—¿Qué me importa a mí que doña Laura te quiera o te deje de querer? ¡Cómo si no tuviésemos nada más importante que hacer que estar pendientes de ella!

A continuación, Diana soñó que su cama estaba cubierta por completo de estampas a cuál más bonita, y, cada vez que miraba la imagen de una diosa o de una musa, decía: «¡Ah, esta es mi madre, estoy segura!», pero de inmediato la imagen cambiaba y ya no lograba encontrar la que había creído reconocer.

A eso de las nueve, el doctor, requerido por Jovita, entró en el cuarto de Diana junto con su padre. La niña no tenía fiebre, el ataque ya había pasado. La estuvieron cuidando todo el día, y pasó la noche siguiente muy tranquila. Dos días más tarde, volvía a estar sana, y, siguiendo las indicaciones del doctor, reanudaba su existencia de paseos y despreocupación.

Un buen día de aquel mismo año, el doctor, que en todo se fijaba, notó un cambio en la familia. Doña Laura no podía disimular su ansia por mandar a Diana de vuelta al convento. No es que la odiase, pues doña Laura no era mala. Tan solo era petulante, y si tachaba a Diana de necia era a causa de su propia necedad. Le dolía no tenerla bajo su responsabilidad, y se sentía humillada por no poder disponer de aquel juguete. Continuamente le comentaba a su marido cuán ociosa era la vida de la niña. Hubiese querido organizarle una vida tan frívola e inútil como la suya propia, creyendo así darle una ocupación útil. Flochardet ya no sabía qué pensar. Se encontraba dividido entre el incesante acoso de su esposa y el parecer del doctor. Miraba a su hija lleno de dudas y ansiedad, preguntándose si realmente era de inteligencia muy avanzada para su edad, como aseguraba el señor Féron, o si, por el contrario, estaba sin educar como insinuaba doña Laura; en definitiva, no sabía si debía o no, por el bien de la niña, ponerla otra vez en manos de su hermana, monja en Mende.

Por su parte, Diana se encontraba ya mucho más tranquila, gracias a las sabias palabras de Jovita, al hecho de haber recuperado la salud y a su buen natural, limpio de rencores, y no parecía afectada por las nimiedades que su madrastra le reprochaba agria y desabridamente; pero ya no la quería, ni tampoco intentaba granjearse su afecto. Aquella señora tan compuesta ya solo le inspiraba indiferencia. Tenía cosas muy distintas en qué pensar.

Volvía a azuzarla el deseo de instruirse, y no solo en lo referente al dibujo, sino que también la atraía la historia, cuyo interés e importancia vislumbraba a través de las enseñanzas artísticas del doctor. Se preguntaba sobre el porqué y el cómo de las cosas de este mundo. «Aún es pronto —le decía el doctor—; lo bueno de tu edad es que se desconoce la locura de los hombres». Pero como resulta imposible contar la evolución de cualquiera de las artes sin hacer alusión a las causas de la decadencia y del progreso, que es como decir a toda la historia del género humano, le iba proporcionando poco a poco, sin proponérselo, una sólida instrucción. Ella lo escuchaba con tanta avidez que el doctor empezó a lamentar no poder ocuparse de ella de forma continua, tanto más cuanto que en su propia casa Diana no recibía ninguna

educación digna de tal nombre. Flochardet hablaba de buscarle una institutriz, mas resultaba fácil prever que ninguna sería del agrado de doña Laura. Así las cosas, el doctor tomó una grave resolución:

—Me gustaría —le dijo al artista— que me cediera usted a su hija, y al ama de su hija.

—¿Está usted de guasa? —exclamó Flochardet—. ¿Cederle a mi hija?

—Sí, cedérmela sin que llegue a separarse de usted, ya que ambos vivimos pared por medio tanto en la ciudad como en el campo. Podría seguir durmiendo en casa, si usted así lo prefiere, pero se quedaría conmigo mañana y tarde, y yo me ocuparía de educarla y cuidarla a mi manera.

—¡Pero no tendrá usted tiempo! —dijo Flochardet.

—¡Sí que lo tendré! Ya soy viejo y suficientemente rico, tengo derecho a descansar y a traspasarle la clientela a mi sobrino, que acaba de concluir sus estudios y parece que vale. Lo he educado como a un hijo, pero siempre deseé

tener una hija y repartir mi fortuna entre dos jóvenes de distintos sexos. Así que, ¿estamos conformes?

El último argumento del doctor era de peso. Flochardet no se creyó con derecho a negarle un futuro tan prometedor a su hija, y menos aun previendo que su propia fortuna corría tan grave riesgo de evaporarse el día menos pensado, al paso que llevaba doña Laura. Para poder darle los lujos que requería, ya había tenido que contraer deudas que no se atrevía a confesar. Acabó aceptando, y a doña Laura le pareció de perlas. Incluso decidió que resultaría mucho más cómodo que la niña y Jovita se instalasen en casa del doctor. Flochardet cedió una vez más, y Diana se mudó a un precioso cuartito muy adecuado para ella, contiguo al de Jovita.

El doctor mantuvo su palabra. Abandonó el ejercicio de su profesión. Como lo consideraban un gran médico, no pudo negarse a pasar consulta dos horas al día, durante el recreo de su alumna, y Diana, durante aquellas dos horas, se quedaba con su padre. A última hora de la tarde, don Marcelo, sobrino y sucesor del señor Féron, iba a consultarle los casos graves o dignos de interés y a pedir respetuosamente su opinión. Tras lo cual,

cuando tenía tiempo, solía jugar y charlar con Diana, llamándola hermanita, pues Marcelo era un excelente muchacho, incapaz de tenerle envidia y que pensaba que bastante había hecho su tío dándole saber y clientes. Con herederos así... Ya ven, queridos niños, que también la vida real puede ser como un cuento de hadas, porque, si bien es cierto que no abundan, sí existen, y lo sé porque he conocido a alguno.

Así pues, Diana llegó a ser una niña muy feliz, estudiosa y saludable. Parecía como si hubiese olvidado un poco su pasión por el dibujo, y como si, a pesar de su corta edad, hubiese comprendido que la inteligencia todo lo abarca y que saber tan solo de una cosa es como no saber nada.

Cuando Diana se hubo convertido en toda una mujercita de doce años, seguía siendo una criatura encantadora, sencilla, alegre, bondadosa con todo el mundo, que nunca intentaba destacar ni hacerse notar, aunque gozaba de una instrucción muy sólida para su edad, y albergaba en la mente hondas y apasionadas reflexiones que nadie sospechaba. Pintaba con un estilo agradable, cuya técnica había aprendido en parte viendo

trabajar a su padre. Pero ya no enseñaba sus obras a nadie, pues en una ocasión el doctor le había dicho que estaban muy bien, mientras que el señor Flochardet había opinado que eran pésimas. Diana sospechaba que el doctor, a pesar de ser un buen crítico, no entendía nada de técnicas artísticas. Había desarrollado en ella el sentido de lo bello, pero no podía darle los medios para plasmarlo. También tenía la impresión de que el criterio de su padre se oponía radicalmente a las teorías del doctor, pues despreciaba todo lo que fuera ajeno a su propio estilo, llegando a ser injusto sin saberlo.

Mas ¿lo sabía tan siquiera la propia Diana? Esta era la pregunta que con ansiedad se hacía a sí misma. ¿Qué debía pensar acerca del talento de su padre, que el doctor criticaba con tanto acierto, en apariencia? Pero ¿qué debía pensar de las críticas del doctor, que era incapaz de coger un lápiz y trazar una línea? Este problema la trastornaba hasta tal punto que sufrió una leve recaída. Había crecido mucho, sin llegar a ser demasiado delgada ni demasiado frágil. El doctor la atendió sin preocuparse demasiado, aunque intentando adivinar la causa moral de los nuevos ataques de fiebre. Jovita le reveló que, a su entender, Diana dibujaba demasiado. Como no quería

que nadie la viese trabajar, se levantaba antes del alba, y su ama, que la observaba, la veía ponerse ora colorada y como loca de alegría mientras dibujaba, ora pálida y como desalentada, con los ojos llenos de lágrimas.

El doctor decidió confesar a su querida hija adoptiva y, aunque ella hubiese preferido callar, no pudo resistirse a las cariñosas preguntas.

—¡Está bien! —le dijo—, lo reconozco, tengo una constante obsesión. Debo encontrar un rostro, ¡y no lo encuentro!

—¿Qué rostro? ¿Otra vez la Dama del velo? ¿Cómo es posible que una mujercita tan sensata vuelva a tener fantasías de niña chica?

—¡Ay, querido amigo! Esa fantasía no me ha abandonado desde que la mujer del velo me dijo: «Yo soy tu madre y me verás la cara cuando me la hayas devuelto». En ese momento no lo entendí; pero poco a poco me he dado cuenta de que tenía que recuperar y dibujar una cara sin haberla visto nunca, la de mi madre, y eso es lo que busco. ¡Me han dicho que era tan hermosa! Me gustaría tener todo el talento necesario

para conseguir reproducirla con cierta fidelidad, pero no acabo de conseguirlo. Estoy descontenta de mí misma, rompo o emborrono todo lo que hago. Todas las caras que dibujo son feas o anodinas. Me fijo en cómo consigue mi padre embellecer a sus modelos, pues no cabe duda de que los embellece, ahora me doy perfecta cuenta de ello, y sé que ahí reside su éxito. Pues bien, ¡fíjese en lo que pasa! Cuando miro a esos modelos, y hay algunas personas que no son precisamente guapas —al taller de mi padre acuden a retratarse incluso señoras bastante marchitas y señores feísimos—, hasta los más feos me parecen... ¿Cómo decirlo?, más tolerables que la careta convencional que les pinta mi padre. Esos rostros que están posando son como son; tienen esta o aquella peculiaridad, que es lo que precisamente mi padre se siente obligado a eliminar, y ellos prefieren que así lo haga. Dentro de mi cabeza, yo los pinto tal y como son, y me doy cuenta de que, si supiera pintar, haría todo lo contrario de lo que hace papá. Y eso me preocupa y me aflige, pues es evidente que él tiene el talento del que yo carezco.

—Él tiene talento y tú no, qué duda cabe —contestó el doctor—, pero ya lo tendrás, te preocupa demasiado que

tarde en llegar, y cuando lo tengas —no voy a decirte que llegues a tener más que él, no puedo saberlo—, será un talento diferente, porque verá a través de ojos distintos. Así que él no puede enseñarte nada; debes aprender tú sola, y para eso hace falta tiempo. Quieres ir demasiado deprisa, y te arriesgas a no alcanzar nunca el talento que ansías, te sube la fiebre y, estando enfermo, nunca se consigue nada de provecho. Y en lo que se refiere al rostro que buscas, puedes conseguir verlo muy fácilmente, y poner fin a esa obsesión que tienes con la Dama del velo. Tu padre posee una excelente miniatura de tu madre, de gran parecido. No la pintó él, y no le gusta, pues es de un estilo totalmente opuesto al suyo. No se la enseña a nadie y asegura que no se le parece en absoluto. Yo digo que parece de carne y hueso, y puedo pedírsela para que la veas.

En aquel momento Diana no sintió más deseo que conocer los rasgos de su madre. Dio efusivas gracias al doctor y aceptó su oferta con emocionado júbilo. El señor Féron le prometió que al día siguiente podría contemplar la miniatura. Le hizo prometer que hasta entonces procuraría calmarse y que en adelante trabajaría con menos ardor y más paciencia.

—Hasta dentro de diez años —le dijo—, no verás con claridad lo que quieres hacer. Necesitas conocer las obras de los grandes maestros. Pronto tendrás edad para viajar y asimilar bien lo que veas, y luego podrás dar clases con algún buen pintor, pues aquí, tan cerca de tu padre, estaría mal visto; se le considera el mejor del mundo, y él mismo se sentiría herido si te viera con otro profesor que no fuera él.

—¡Ay, sí, lo entiendo, no puede ser! —exclamó Diana—; tendré paciencia, querido amigo, seré razonable, se lo prometo.

Mantuvo su palabra cuanto le fue posible. Pero, apenas se quedó dormida, volvió a ver a la Dama del velo que le proponía dar un paseo por el castillo de Cumbrecorva. Apenas habían llegado cuando apareció una joven espigada y muy bonita, rogándoles que se alejaran cuanto antes, pues el castillo iba a derrumbarse. Diana reconoció en aquella damisela a la mismísima señorita Blanca de Cumbrecorva y, al llamarla por su nombre, esta le contestó:

—Me ha reconocido usted sin gran esfuerzo, gracias al broche de turquesas que llevo al cuello, pues usted

misma me lo regaló. De otro modo no podría saber quién soy, pues es usted demasiado desmemoriada y torpe para dibujar mi cara. Aléjese de aquí. El castillo suspira y gime. Está cansado de soportar tormentas y todo se va a venir abajo.

Diana tuvo miedo, pero la Dama del velo apartó a Blanca con la mano y penetró en el peristilo, indicándole a Diana que la siguiera. Diana obedeció y el castillo se hundió sobre ellas, pero sin hacerles mayor daño que una pasajera tormenta de nieve, y el suelo quedó cubierto de camafeos a cual más bello, que caían de las nubes.

—¡Deprisa —dijo la Dama del velo—, busquemos mi cara; tiene que estar por aquí, y a ti te corresponde reconocerla! Si no lo consigues, ¡peor para ti, nunca sabrás cómo soy!

Diana buscó largo rato, recogiendo piedras talladas; había dibujos labrados en piedras duras, y también relieves sobre fondo de concha. Esta representaba una elegantísima figura erguida, tal otra, un perfil encantador o severo, algunas hacían muecas como máscaras de la antigüedad, la mayor parte tenían una expresión austera y melancólica, y eran todas fruto de un trabajo exquisito,

que Diana no podía por menos de admirar. Pero el hada no la dejaba perder tiempo.

—Vamos, deprisa —decía—, no te entretengas mirando a toda esa gente, es a mí, únicamente a mí, a quien tienes que encontrar.

Entonces la mano de Diana fue a dar con una cornalina transparente sobre cuyo fondo una blanca opacidad dibujaba un perfil de ideal belleza, que llevaba el cabello recogido hacia atrás con una cinta, y una estrella en la frente. Al principio aquella cabeza en miniatura no le pareció mayor que el chatón de una sortija; pero, cuanto más la miraba, más grande le parecía, hasta que llegó a llenarle toda la palma.

—¡Por fin! —exclamó el hada—. ¡Aquí estoy! Sí, soy yo, tu musa, tu madre, y ya verás cómo no te has equivocado.

Empezó a desatar el nudo que sujetaba el velo por detrás, pero Diana no alcanzó a verle la cara, pues la visión se desvaneció, y despertó desesperada. Sin embargo, la ficción había resultado tan real e impresionante que le llevó algún tiempo serenarse, mientras apretaba la mano,

creyendo sentir en ella el precioso camafeo, gracias al cual por lo menos conservaría la preciada imagen tan intensamente buscada. Mas, ¡ay!, aquella ilusión apenas duró un instante. Por mucho que apretaba y luego abría la mano, nada había en ella, absolutamente nada.

Cuando se hubo levantado, el doctor entró en su cuarto llevando una caja de piel con cierres de oro; se dispuso a abrirla, creyendo darle así una dulce alegría, pero Diana exclamó rechazándola:

—¡No, mi querido amigo, no! ¡No debo verla aún! Ella no lo quiere. He de encontrarla yo sola, ¡si no, me abandonará para siempre jamás!

—Como desees —contestó el doctor—; no acabo de comprender algunas ideas tuyas, pero prefiero no llevarte la contraria. Te dejo el medallón, tuyo es. Tu padre te lo da, ya lo mirarás cuando el hada que te habla en sueños te dé permiso, o cuando dejes de creer en las hadas, y esto será pronto, pues ya tienes la edad en la que se distingue lo soñado de la realidad, y creo que estás bastante cuerda.

Diana agradeció al señor Féron aquellas reconfortantes palabras y el hermoso regalo que había conseguido para

ella. Besó el medallón, y, sin abrirlo, lo guardó como oro en paño en su pequeño secreter, tras jurarse a sí misma que esperaría hasta obtener el permiso de la misteriosa musa, y mantuvo su palabra. No cedió al deseo de conocer aquel rostro amado y continuó buscándolo con papel y lápiz. Pero también mantuvo la palabra dada a su querido amigo; trabajó con más paciencia, sin empeñarse en conseguir que las cosas salieran bien a la primera, aplicándose en copiar estudios, sin pretensiones de llegar a crear algo bello de la noche a la mañana.

Una extraña idea la ayudó a tener paciencia, y era que estaba convencida de que recordaba perfectamente el hermoso perfil que había visto y tocado en sueños. Lo tenía siempre ante los ojos, y cada vez que lo recordaba, lo veía igual; procuraba no pensar en él con demasiada frecuencia ni de forma excesivamente prolongada, pues entonces le parecía como si la imagen empezara a vacilar, amenazando con desaparecer.

Diana era cada día más feliz y más culta. Un día —rondaría por entonces los quince años— encontró a su padre triste y cambiado.

—¿Estás enfermo, querido padre? —Le dijo mientras lo besaba—. No tienes la misma cara que otros días.

—¡Bah! —contestó Flochardet con cierta brusquedad—, ¿qué sabrás tú de caras?

—Hago lo que puedo, papaíto; de veras que lo intento —respondió Diana, que interpretaba las palabras de su padre como una burla hacia su desafortunada pasión por el arte.

—¡Haces lo que puedes! —dijo entonces el señor Flochardet examinándola con tristeza—. ¿Por qué se te ha metido en la cabeza el desatino de querer ser artista? Tú no vas a necesitarlo, ya que has encontrado un segundo padre, más formal y feliz que el primero; ¿para qué te

empeñas en pasar por las preocupaciones del trabajo, cuando puedes prescindir de él? ¿Por qué? ¿Qué sentido tiene?

—No puedo contestarte, papaíto. No puedo evitarlo; aunque, si te disgusta que lo intente, renunciaré a ello, por muy triste que me resulte.

—¡No, no! Diviértete, haz lo que quieras, sueña con lo imposible, en eso estriba la felicidad de la juventud. Más adelante, sabrás que el talento no nos libra de la fatalidad ni de la desgracia.

—¡Dios mío! ¿Acaso eres desgraciado? —exclamó Diana arrojándose en sus brazos—. ¿Es posible? ¿Cómo? ¿Por qué? Tienes que contármelo. No quiero ser feliz mientras tú no lo seas.

—No te preocupes —contestó Flochardet besándola con ternura—, lo que te he dicho ha sido para ponerte a prueba; no hay nada que me disguste, creía que ya no me querías porque... porque he descuidado tu educación y la he dejado en manos de otro. Habrás llegado a pensar que soy un padre frívolo, indiferente, del que se dispone como de un niño...

—No, no, papaíto, yo te quiero mucho y nunca he pensado tal cosa. ¡Dios mío!, ¿por qué habría de pensarlo?

—Porque a veces yo mismo lo pienso. Me he hecho reproches; hoy por hoy me consuelo al pensar que, si yo sufriera algún desastre pecuniario, a ti no te afectaría.

Diana intentó seguir sonsacando a su padre. Este desvió la conversación y volvió al trabajo, pero parecía alterado, impaciente y como asqueado de lo que hacía. De súbito, arrojó el pincel con enojo, al tiempo que decía:

—Hoy no es mi día, estropearé el lienzo, si es que no acabo rompiéndolo. ¡Ven a dar un paseo conmigo!

Se aprestaban a salir cuando entró doña Laura, tan elegante como de costumbre, pero con los rasgos igualmente alterados.

—¡Ah! —Le dijo a su marido—. Así que va a salir, aun teniendo que entregar ese retrato esta misma tarde.

—¿Y si no lo entrego hasta mañana? —contestó secamente Flochardet—. ¿Soy acaso esclavo de los clientes?

—No, pero... es preciso que lo cobre esta tarde, pues mañana por la mañana...

—¡Ah, sí! La modista, el pañero. Hemos abusado de su paciencia, ya sé, y si no reciben lo que se les debe, se organizará otro escándalo.

Diana, sorprendida y como asustada, abrió unos ojos que llamaron la atención de doña Laura.

—Querida niña —le dijo—, interrumpe demasiado a menudo a su padre, le impide trabajar, y, hoy más que nunca, debe trabajar. Déjelo en paz.

—¿Me echa de mi propia casa? —exclamó Diana perpleja y consternada.

—¡Eso nunca! —dijo enérgicamente el señor Flochardet sentándola a su vera—. ¡Quédate! ¡Tú nunca me molestas!

—Eso significa que la indeseable soy yo —contestó doña Laura—; me doy por enterada, ya sé a qué atenerme.

—Haga lo que le parezca —respondió Flochardet con tono gélido.

Doña Laura se retiró y Diana rompió a llorar.

—¿Qué te pasa? —Le dijo su padre intentando sonreír—. ¿Qué más te da que mamá Laura y yo discutamos un poco de vez en cuando? Al fin y al cabo, no es tu madre, ni tampoco la quieres demasiado.

—Eres desgraciado —contestó Diana sollozando—. ¡Mi padre es desgraciado y yo no lo sabía!

—No —dijo el señor Flochardet recuperando su habitual tono desenfadado—. No se es desgraciado solo por tener dificultades. Confieso que las tengo, y bastante graves, pero me las arreglaré. Trabajaré más, eso es todo. Creía que conseguiría descansar, llegué a juntar una pequeña fortuna, alrededor de doscientos mil francos. En provincias supone un holgado bienestar; pero, y te cuento esto porque tarde o temprano acabarás enterándote, hemos vivido demasiado a lo grande; cometí la imprudencia de construir una casa, costó mucho más de lo previsto, total, que hay que revenderla y con pérdidas, pues los acreedores se niegan a seguir

esperando. Así que no te sorprendas si oyes decir que estoy arruinado. Tampoco te angusties demasiado, la gente siempre exagera. Venderé lo que tengo, y así pagaré mis deudas y mi honor quedará a salvo, no tendrás que avergonzarte de tu padre, estate tranquila. Además, repararé los daños. Aún soy joven y fuerte, cobraré un poco más caro, la clientela tendrá que conformarse. Con el tiempo, todavía tengo la esperanza de ahorrar lo bastante como para darte una dote decente, si es que no piensas casarte enseguida, en cuyo caso el doctor adelantaría la suma.

—¡Ay! No hablemos de mí —exclamó Diana—. No he pensado nunca en bodas y no me importa el porvenir. Hablemos solo de ti. ¿Cómo vas a vender tu casa de la ciudad, esta casa que tanto te gusta, que has arreglado con tanto esmero, que tan cómoda te resulta? No, no puede ser. ¿Dónde vas a trabajar? Y la casa de campo... ¿Dónde piensas vivir?

Flochardet, viendo que Diana se preocupaba por él más de lo que hubiese querido, se esforzó en tranquilizarla, explicándole que quizá consiguiera alargar los plazos. Pero a Diana la preocupaba que su

padre tuviese que trabajar en exceso. Temía que su salud se resintiese. Fingió tranquilizarse, pero solo por darle gusto; volvió a casa del doctor muy abatida y pasó toda la velada tragándose las lágrimas. No se atrevía a confesarle al doctor cuán honda pena la embargaba, temiendo oírle censurar y criticar a su padre. Jugó una partida de ajedrez con su querido amigo y se retiró a su habitación para poder llorar a sus anchas.

Durmió poco y no soñó nada. Por la mañana, volvió al trabajo como los demás días, intentando distraerse, pero dando vueltas y más vueltas al cruel pensamiento de que doña Laura acabaría matando a su padre por exceso de trabajo, y que si su pobre madre, la suya de verdad, hubiese vivido, Flochardet no habría dejado nunca de ser sensato y feliz.

En aquellos momentos, lloraba por su madre en el fondo de su corazón, no ya como la primera vez, cuando solo la añoraba por egoísmo; ahora la añoraba por la felicidad que hubiese podido dar a su padre y que se había llevado consigo. Y dibujaba de forma mecánica, sin pensar en qué estaba haciendo con las manos; llamaba a su madre desde lo más profundo del alma, diciéndole:

«¿Dónde estás? ¿Ves lo que sucede? ¿No podrías decirme qué debo hacer para salvarlo y consolarlo de las penas y disgustos que le causa la otra?».

De repente, sintió como un cálido aliento sobre los cabellos, y una voz ligera como la brisa matutina le murmuró al oído:

—Aquí estoy, me has encontrado.

Diana se sobresaltó y se volvió; a su espalda no había nadie. En la habitación no había más movimiento que el de las hojas del tilo que el viento movía, y cuya sombra se proyectaba sobre la tarima de pino sin encerar. Miró el papel, sobre el cual destacaba una silueta muy fina, la que ella había dibujado; siguió perfilándola y modeló el rostro, sin fijarse mucho en lo que hacía. A continuación, dio volumen al cabello de aquel apunte de cabeza, añadiendo una cinta y una estrella, en recuerdo del espléndido camafeo del sueño, y lo miró con indiferencia, mientras Jovita, que acababa de entrar, iba y venía por el aposento ordenando enseres diversos.

—¿Qué tal, niña mía? —dijo la buena mujer acercándose a ella—. ¿Está contenta de su trabajo esta mañana?

—No más que otros días, querida Jovita, ni siquiera sé muy bien qué he dibujado... Pero ¿qué te pasa? Estás pálida y a punto de llorar.

—¡Ay, Dios bendito! —exclamó Jovita—. ¿Cómo es posible? Usted no ha podido dibujar esa cara. ¿Acaso ha mirado el retrato? ¿Lo está copiando?

—¿Qué retrato? Yo no he copiado nada.

—Entonces... entonces... ¿es una visión, un milagro? Señor doctor, venga a ver, venga a ver esto. ¿Qué me dice?

—¿Qué? ¿Qué pasa? —dijo el doctor que venía a buscar a Diana para el almuerzo—. ¿De qué milagros hablas, Jovita?

Y mirando el apunte de Diana, añadió:

—¡Ha copiado el medallón! Pero, niña, esto está muy bien; ¿sabes que está pero muy bien? Resulta incluso

sorprendente, y el parecido es asombroso. ¡Pobre mujer, tan joven! Parece que la estoy viendo. ¡Ánimo, chiquilla, adelante! Pintarás mejores retratos que tu padre, este es hermoso y tiene vida.

Diana, atónita, miraba el apunte, que plasmaba el recuerdo fiel del camafeo soñado, el prototipo que había conservado en su mente; pero aquello era fruto de su imaginación, y también la imaginación jugaba sin duda un papel en el parecido que veían Jovita y el doctor. Prefirió no decirles que nunca había abierto el medallón, pues temía que la forzaran a abrirlo y aún no se sentía digna de tal recompensa.

Durante el almuerzo, no obstante, preguntó a su buen amigo si estaba realmente seguro de que el retrato de su madre resultaba parecido.

—De no haber sido así —dijo él—, ¿cómo hubiese podido reconocerla? Ya sabes que contigo no tengo miramientos. Jovita —añadió—, tráigame ese dibujo. Quiero verlo otra vez.

Jovita obedeció y el doctor volvió a mirarlo con atención, una y otra vez, mientras paladeaba el café. Ya

no decía nada, parecía absorto, y Diana se preguntaba con angustia si no rectificaría su primera impresión. En esas estaban, cuando anunciaron al señor Flochardet, que en ocasiones venía a tomar el café a casa del doctor.

—¿Qué mira usted con tanta atención? —Le dijo al señor Féron, después de darle un beso a su hija.

—Véalo usted mismo —contestó el doctor.

El señor Flochardet se inclinó sobre el dibujo y se puso pálido.

—Es ella —dijo con turbación—. Sí, sí que es esa querida y digna criatura, que, ahora más que nunca, está siempre presente en mis pensamientos, aunque nadie lo sepa. Mas ¿quién ha hecho este retrato, doctor? Es una copia del medallón que le di a usted para Diana. Con la salvedad de que este lo supera infinitamente en sentimiento y fidelidad.

El parecido resulta más noble y auténtico. Es realmente notable y ninguno de mis alumnos conseguiría algo así. ¡Diga, doctor! Dígame quién lo ha hecho.

—Se trata... se trata de... —dijo el doctor vacilando con picardía— de un joven alumno de... de un servidor, si a usted no le parece mal.

Flochardet miró a su hija, que se había vuelto hacia la ventana para ocultar su turbación, y luego miró al doctor con gesto interrogante; súbitamente comprendió las insinuaciones del doctor y se fijó de nuevo en el dibujo, perplejo, quizás buscando algo que criticar, aunque sin conseguir ver nada censurable, pues su estado de ánimo le hacía dudar de sí mismo, obligándolo a admitir que incluso en los asuntos más serios podía estar equivocado.

Diana no se atrevía a darse la vuelta, temía estar soñando. Miraba por la ventana para ocultar la emoción, sin reparar en que el sol le daba de lleno en la cabeza, clavándole en las pupilas, como rojos aguijones, sus rayos de rubí. Al quedar deslumbrada, vio una figura alta y blanca, maravillosamente bella, cuyo vestido verdoso brillaba como polvo de esmeraldas. Se trataba de la musa de sus sueños, su hada buena, la Dama del velo; pero el velo ya no le tapaba la cara, flotaba a su alrededor como un nimbo áureo, y el hermoso rostro, el del camafeo del sueño, era exactamente el que Diana había dibujado,

aquel que Flochardet contemplaba sobre el papel con admiración no exenta de cierto pavor.

Espontáneamente, Diana le tendió los brazos a aquella figura refulgente que le sonreía, y que empezó a desvanecerse diciéndole:

—¡Volveremos a vernos!

Diana, sofocada y radiante, se dejó caer sobre una silla en el hueco de la ventana, ahogando un grito de alegría. Flochardet y el doctor se abalanzaron hacia ella, creyendo que no se encontraba bien; pero los tranquilizó y, sin hablarles de su reciente visión, preguntó a su padre si estaba mínimamente satisfecho de su obra.

—No solo estoy satisfecho —le contestó—; estoy encantado y confuso. Te pido mil disculpas, hija mía; llevas en ti el fuego sagrado, amén de un conocimiento del dibujo muy avanzado para tu edad. Continúa sin cansarte, trabaja, ten fe, sin dejar de dudar de ti misma, lo cual siempre es bueno, pero a mí ya no me queda ninguna duda y ello me hace muy feliz.

Se besaron entre lágrimas. A continuación, Flochardet rogó a su hija que lo dejara con el doctor para hablar de negocios, y Diana se retiró a su habitación, donde quedó sola, pues Jovita estaba almorzando. Entonces Diana corrió hacia el secreter y sacó la caja de piel que había atado con una cinta de raso negro para no caer en la tentación de abrirla antes de tiempo. Por fin la abrió, se arrodilló sobre un cojín y, antes de mirar el medallón, lo besó; luego cerró los ojos para volver a ver con el pensamiento la figura ideal que le había prometido volver. La vio de nuevo con toda nitidez, y, segura de contar con su permiso, miró por fin el retrato. Se trataba en efecto de la misma cara que había dibujado; era la musa, el camafeo, el sueño, y, sin embargo, era su madre; era la realidad recobrada gracias a la poesía, el sentimiento y la imaginación.

Diana no se preguntó cómo se había obrado en ella tal prodigio. Aceptó el hecho tal y como se había producido y no pensó de qué forma se las compondría la razón, más adelante, para explicarlo. Yo pienso que estuvo muy acertada. Cuando aún se es muy joven, más vale creer en divinidades amigas que confiar demasiado en uno mismo.

INFORTUNIO

No voy a contarles día a día lo que sucedió durante los dos años siguientes. Diana continuó trabajando con coraje y modestia, solicitando a menudo, con cierta humildad, los consejos de su padre. Pero este no siempre estaba dispuesto a entender del todo aquello que él era incapaz de realizar. Diana se iba encauzando, sin percatarse, por un camino diametralmente opuesto al suyo. Aquella región era muy rica en hermosos restos de estatuaria antigua, que se iba valorando cada vez más, pues también el gusto francés empezaba a buscar nuevas vertientes. Los grabados daban a conocer y hacían populares los valiosos hallazgos de Herculano y Pompeya, pinturas, cerámicas, estatuas, muebles, toda clase de objetos, y la tendencia hacia una elegante sencillez, como se decía entonces, tomaba el relevo del gusto por lo chino, lo salomónico y el estilo a lo Van Loo. Se conocía mejor Italia, se viajaba más a menudo, y aunque el grato cromatismo y la ingenua fantasía de Watteau aún seguían en boga, no por ello causaban menos sensación las cerámicas etruscas y las medallas griegas. No se trataba de un retorno al gusto de la época

de los Valois, que hoy llamamos Renacimiento; era este un renacimiento nuevo, menos original, pero dotado de cierto encanto. Se fabricaban muebles que hoy en día se conocen como de estilo Luis XVI, y que, a la sazón, se llamaban muebles a la antigua. A pesar de su belleza, la fidelidad de estas réplicas dejaba bastante que desear, lo cual no les impedía tener mucha clase, e incluso las propias mujeres empezaban a reducir el volumen de sus monumentales peinados, ahuecando en torno a la frente, con fingida naturalidad, los rizos aún empolvados. Los hombres se rizaban los aladares y anudaban con un simple lazo la melena antaño embutida en una redecilla; algunos incluso se recogían el cabello trenzado con peinetas de concha. Así se peinaba Flochardet cuando se hallaba en su taller pintando retratos, cuyos detalles resultaban mucho más sencillos que los de aquellos otros que le habían valido tanta fama.

Así pues, a nadie sorprendió que su hija, que ya empezaba a destacar, se vistiera con mayor sencillez de la que requería la moda, y ni siquiera el propio Flochardet dedicó mucho tiempo a preguntarse cómo las preferencias y el talento de Diana se habían anticipado espontáneamente, con tal decisión y precocidad, a aquella

vuelta al pasado, a aquel gusto que apenas empezaba a despuntar. Pero Flochardet cada día estaba más triste y más asqueado de su propio estilo. Aquel florecimiento de las formas naturales en el arte lo cogía totalmente por sorpresa, tanto más cuanto que siempre las había descuidado en beneficio del atavío. Era consciente de que su antigua popularidad iba mermando día a día. Había escogido el peor momento para subir las tarifas, pues nadie estaba ya dispuesto a pagar mucho por su trabajo, y como él no lo estaba a humillarse trabajando por menos dinero, le quedaban cada vez menos clientes. El talento de su hija empezaba a conocerse y apreciarse, y le aconsejaban abiertamente que la tomase como ayudante, o incluso, si menester fuere, que le cediese el puesto. Bien es verdad que el pobre hombre no sentía celos del talento de su querida Diana, pero por nada del mundo hubiese consentido en que abandonase sus estudios, libres y fecundos, para consagrarse al oficio y ganar un dinero que reparase las locuras de doña Laura.

Durante aquellos dos años que acabo de resumirles, la situación del artista alcanzó niveles críticos. Él hubiese deseado salvarlo todo gracias a un trabajo enérgico, y no hubiese vacilado en morir en el empeño, pero sucedió

algo que nunca hubiese previsto. Cada vez eran más escasos los encargos. Doña Laura, incapaz de reducir sus gastos, se había llevado su escaso patrimonio de la comunidad de bienes y se había retirado a Nimes, a casa de sus padres, donde permanecía tres meses de cada cuatro, dejándose ver junto a su marido en contadas ocasiones, fuera de las cuales se dedicaba a gastar lo poco que poseía en vestidos nuevos, en lugar de sacrificarse para aligerar las cargas de la familia. Diana, viendo a su padre abandonado, triste y solo, había vuelto a su antiguo hogar y repartía el tiempo entre este y el doctor. Habían despedido a casi todo el servicio. Jovita cocinaba, y Diana también ayudaba para que su padre, acostumbrado a la buena vida, no se percatase de aquella decadencia. Se ocupaba de mantener la casa ordenada y de los asuntos de dinero. Durante largo tiempo consiguió evitar el desastre que amenazaba al capital, pagando los intereses religiosamente. Mas cierto día los acreedores, hartos de esperar, embargaron las casas, los jardines, la pequeña alquería, las obras de arte y el mobiliario.

Flochardet sufrió un rudo golpe, al no poder ya ocultárselo a su hija y a sus amigos. Se había resignado a dejarlo todo y a buscar en otra región, no ya una nueva

clientela, pues cuesta años llegar a reunirla, sino cualquier encargo. Ya tenía alguno en Arles, para las iglesias; pintaba vírgenes, santas y ángeles, y, en un principio, pensó que podría prescindir de pintar retratos. Durante algún tiempo, incluso, se regocijó creyendo ser por fin un gran maestro dedicado a los géneros mayores. Pero ya no se tenía la misma imagen que antes de las vírgenes y los ángeles; durante muchos años habían triunfado las madonas risueñas y rollizas de tiempos de Luis XV; pero ahora empezaban a gustar más serias, menos parecidas a lozanas nodrizas de aldea, y las mujercitas maternales, que en vano nimbaba Flochardet de luz y rosas de meticulosa perfección, fueron blanco de mofas. Aquellas burlas, de las que nada supo gracias al respeto que aún inspiraba, sí llegaron, no obstante, a oídos de Diana. Comprendió que su padre no conseguiría levantar cabeza con aquel nuevo intento, y una noche entró a ver al doctor en el preciso instante en el que este se disponía a retirarse.

—Querido amigo —le dijo—, ¿sabe que mi padre está perdido?

—Sí, lo sé —contestó el doctor—, ¡perdido sin remedio! Le harían falta doscientos mil francos y nadie se los quiere prestar.

—Pero ¿y si alguien lo avalara?

—¿Quién cometería tal locura? Sería como tirar doscientos mil francos por la ventana; tu padre nunca conseguirá desentramparse.

—¿Acaso duda de él?

—No, pero en cuanto haya conseguido una holgura aparente, su mujer volverá y lo arruinará más y mejor.

—Al menos, compre usted una de las casas para satisfacer a los acreedores; nos permitirá vivir en ella a mi padre y a mí y, algún día, cuando él llegue a faltar, podrá usted recuperarlo todo; yo tendré talento suficiente para vivir; tengo tan pocas necesidades que una pizca de talento me bastará.

—Te olvidas de que tu padre aún no ha cumplido los cincuenta y de que yo tengo setenta y cinco años. Si compro sus bienes y se los dejo en usufructo, nunca cobraré los intereses de mi dinero y moriré en la miseria. ¿Es eso lo que quieres?

—¡No! Le pagaré el alquiler; trabajaré, mi hada buena volverá a hacer algún milagro por mí, ganaré dinero. Inténtelo, querido amigo. Retrase la venta de nuestros bienes asumiendo el pago, y ya verá cómo antes de dos años...

—Yo no estoy tan seguro —dijo el doctor—. Existe otra solución, pero es muy seria. Puedo comprarte a ti al menos la casa que tu padre posee en la ciudad y todas las obras de arte de la casa de campo. Puedo conseguir así que le permitas conservar su domicilio, sus costumbres y su bienestar, pues puedes alquilar parte de la casa, que es bastante grande, y obtener así una pequeña renta para cubrir gastos. Mas voy a decirte lo que sucederá; doña Laura volverá junto a su marido y se las ingeniará para echarte de tu propia casa a fuerza de molestias. No podrás soportar esa lucha en la que nunca quisiste entrar, y volverás conmigo, lo cual me alegrará mucho; pero tu padre caerá de nuevo bajo el yugo, y volverá a endeudarse, pues la renta del alquiler no le alcanzará para vivir. Entonces, te desharás de la propiedad para salvaguardar el honor de tu apellido, tu padre quedará tan arruinado como ahora, y tú lo estarás para siempre, pues la dote que pensaba darte habrá servido para pagarle las enaguas y

los adornos a tu madrastra. Estás al tanto de que deseo repartir mi fortuna entre mi sobrino y tú. Lo que debe tu padre equivale, poco más o menos, a la mitad de mi haber. Lo cual significa que si salvo a tu padre, sacrifico tu porvenir, y eso es tan cierto como que dos y dos son cuatro.

—¡Sacrifíquelo! ¡Es preciso sacrificarlo! —contestó Diana con una autoridad propia de alguna de aquellas altaneras diosas, con las que también guardaba parecido en el puro perfil y la gentil figura—. Nunca me dijo usted lo que quería hacer por mí: ahora que ya lo sé, me quedo tranquila, mi padre está salvado. Usted nunca podría aconsejarme que lo dejara caer en la desesperación y la miseria para asegurarme el porvenir.

—Así es, dices bien —dijo el doctor—; pero entonces, ¿tendré yo que reducir a la mitad mi propio presente, mis rentas, es decir, mi propio bienestar, desde mañana mismo?

—¿Acaso no habría sucedido así de haberme casado?

—Contaba con que te quedarías conmigo, con que viviríamos en familia; de este modo, uno no se da

cuenta del gasto, lo compensa con la felicidad del hogar; en cambio, tener que sufrir privaciones para mantener espléndidamente a doña Laura...

—Es indudable —respondió Diana— que no resulta nada atractivo; pero, fíjese en lo que le digo, ya lo tengo pensado: estoy dispuesta a poner mi autoridad por encima de la suya, y tengo la certeza de que conseguiré dominarla. Le pagaré a usted el interés del capital que pone en mis manos. Créame, yo quiero muchísimo a mi padre, pero también lo quiero muchísimo a usted y no deseo que le perjudique, por poco que sea, el favor que va a concederme.

—¡Ea! —dijo el doctor dándole un beso—. ¡Me lo pensaré! Ve a dormir y descansa; pase lo que pase, tu padre se salvará hasta nueva orden, ya que tú lo has decidido.

Y así fue, al día siguiente, el doctor Féron pujó y compró las dos casas que se subastaban; pero, en contra de las previsiones de Diana, se quedó tanto con la de campo como con la de la ciudad. Él sabía lo que hacía y no quería ponerla en situación de tener que enfrentarse a su padre o de que este la arruinara. Conocía las

debilidades de Flochardet para con su mujer y tampoco quería propiciar entre ellos un acercamiento fatal. En ningún momento le contó nada a Flochardet.

—Estimado amigo —le dijo—, siento mucho no haberlo podido salvar de esta catástrofe; ha perdido usted todos sus bienes, pero, puesto que los he adquirido yo, vivirá usted de ahora en adelante tranquilo y sin deudas. Vivirá con su hija, a quien he alquilado la casa que fue de usted y ahora es mía. Diana sacará partido a más de la mitad de la mansión que usted utilizó solo para celebrar bailes y espectáculos, y la clientela de ambos bastará para cubrir gastos, pues Diana ha decidido trabajar junto a usted y, al tiempo que se perfecciona, volverá a poner de moda su taller. Esta aspiración está más que fundada. Sé que la opinión general está bien dispuesta en favor suyo, y, si ella lo hubiese querido, ya habría conseguido encargos y éxito.

Flochardet dio las gracias al doctor y planteó la objeción de que, si su mujer decidía volver a su lado, no tendrían más remedio que buscar otro alojamiento.

—Si tal cosa ocurriera —respondió el señor Féron—, su esposa tendrá que aceptar este que su hija, principal inquilina de mi casa, les ofrece a ambos.

—¡Mi mujer nunca lo aceptará! Tiene demasiado orgullo: alegará, para vivir definitivamente lejos de mí, que no tengo alojamiento que ofrecerle, pues no quiere tener que agradecerle nada a mi hija.

—Ese será un pretexto pésimo, pues aún le queda algo y nada le impedirá pagarle un alquiler a su hijastra. Así podrá contribuir a los gastos de la comunidad, deber que siempre ha tenido bastante descuidado.

Flochardet comprendió que el doctor tenía razón, y, a decir verdad, su mujer lo había hecho tan desgraciado que no podía echarla mucho de menos. Gracias a su buen carácter, no se planteó como una humillación aquella propuesta. Era confiado por naturaleza, y esperaba que gracias a su encanto y honradez conseguiría recuperar clientela e independencia, cuando todos supieran que ya no tenía deudas.

REGRESO A CUMBRECORVA

Y así sucedió, los clientes acudieron de nuevo a Flochardet. En provincias no gustan las situaciones turbias, y además, ante la amenaza de una quiebra, siempre cunde el pánico, pues casi todo el mundo teme verse implicado. Al quedar el asunto liquidado con suma rapidez, y al volver aquel respetable artista, desposeído por completo, a tomar los pinceles con su mejor sonrisa, dispuesto a plasmar los rostros benévolos de sus conciudadanos, aquellos rostros se presentaron risueños, y tras expresarle de mil modos, más o menos delicados, su aprecio e interés, consintieron incluso en darle trabajo. A su vera, Diana, tras el caballete, esperaba tranquila y resuelta a que le llevaran a los hijos de aquellos caballeros y damas. Declaró que elegía aquel género para que no pareciera que pretendía pisarle el terreno a su padre. Ante ella desfiló la generación más joven de la ciudad y de los castillos aledaños, esperanza de las familias, orgullo de las madres, toda una serie de rapaces, guapos en su mayoría, pues no olvidemos que Arles es el país de la belleza.

Diana demostró tener un aplomo extraordinario, aunque la pobre niña interpretaba aquel papel solo por sentido del deber. En el fondo, creía que aún le quedaba mucho por aprender, y, a pesar de ser ya toda una mujercita, seguía invocando la ayuda milagrosa de su madre, la bella musa, pues se imaginaba a ambos personajes fundidos en uno solo.

La víspera de su primer encargo, buscó en su secreter la vieja reliquia que no había mirado desde hacía mucho tiempo, la cabecita de Baco niño que recogiera en Cumbrecorva; desde entonces, había aprendido a opinar sobre esta materia, y le pareció más encantadora de lo que pensara en un principio.

—Querido diosecillo —le dijo—, tú ya me revelaste la vida en el arte. ¡Incúlcame el secreto de la verdad que un gran artista desconocido puso en ti! Acepto quedar en el anonimato como él, con tal de crear algo tan bello como tú.

Diana aún no se atrevía con el óleo. Empezó con el pastel, que por entonces estaba muy de moda, y, al primer intento, obtuvo un resultado tan notable y encantador que se comentó en veinte leguas a la redonda.

En adelante, la misma clientela que volvía al taller de su padre recurrió igualmente a sus servicios. A las familias nobles o burguesas les gustaba coincidir en aquel taller tan respetable donde padre e hija trabajaban codo con codo, aquel departiendo con ingenio y alegría, después de los años de melancolía y preocupaciones que lo habían mantenido al margen; esta, humilde y silenciosa, sin ser consciente de su propia belleza y comportándose de forma tal que no suscitaba envidias. La gente recordaba a doña Laura, dándose aquellos aires, con aquellos vestidos increíbles y aquel tono cortante, y nadie lamentaba que se hubiese quitado de en medio. Antaño habían acudido al taller para parlotear, por seguir la moda; en el momento presente, venían a conversar, lo cual resultaba de buen tono.

Al cabo de un año, Flochardet y su hija, que habían vivido modestamente aunque sin grandes privaciones, estuvieron en situación de poder pagarle el alquiler al doctor. Este cobró el dinero y lo puso a nombre de Diana. En su testamento, la nombraba propietaria de todo lo que había adquirido; pero se guardaba muy mucho de contárselo, tanto por no perjudicar la dignidad de

Flochardet y estimular la iniciativa de Diana, como para mantener alejada a doña Laura.

A pesar de estas sabias medidas, doña Laura volvió al hogar en cuanto supo que se habían saldado las deudas y que el negocio iba viento en popa. La casa de sus padres, gente de escasos y ponderados recursos, le resultaba muy aburrida. Casi no alternaba con nadie y no podía lucir sus preciosos vestidos. Así que regresó, y Diana consideró un deber dispensarle una buena acogida. Al principio, la señora Flochardet se sintió muy conmovida, pero no tardó en querer codearse con la gente de alcurnia que acudía al taller de su marido. El ambiente se enfrió apenas hizo acto de presencia, sus parloteos resultaban trasnochados, causó una pésima impresión al exhibir los suntuosos trajes y las joyas que hubiese debido vender para contribuir a saldar las deudas de la familia. A nadie gustó que se tomara ciertas confianzas, ni el trato desenfadado que le daba a Diana, y le hicieron notar que ya no resultaba del agrado de nadie. Despechada, se exilió del taller e intentó recuperar ciertas relaciones ajenas a él. Todo fue en vano, había sido una estrella fugaz: la belleza y los éxitos se desvanecían a la par. Las costumbres se habían vuelto más estrictas. La recibieron

con frialdad y cuando se decidía a realizar alguna visita, rara vez se la devolvían.

Entonces recurrió a la hipocresía para rehabilitarse, dejando a un lado las mundanales pompas, como la monjita que se quería casar con el mocito barbero, empezó a vestirse y comportarse igual que una ferviente devota. Pero, al no ser sincera, aquella pantomima estropeó más las cosas; de egoísta y frívola, se convirtió en envidiosa y perversa. Hablaba mal de todo el mundo, llegando incluso a calumniar, nada le parecía bien, y amargaba a toda la familia a fuerza de regañinas, quejas, susceptibilidades y un carácter cada vez más agrio.

Diana la soportaba con inalterable dulzura, y viendo que su padre todavía sentía algo por aquella mujer frívola, hacía cuanto podía y más aún para que se reincorporara a la vida matrimonial. Solo en un punto se mantenía firme, y este era el deseo irrefrenable que impulsaba a doña Laura a intentar que la casa recuperase su antiguo tren de vida. Como su marido volvía a ganar dinero, pretendía despedir a los inquilinos y recibir invitados como en otros tiempos. Diana se resistió con firmeza, ganándose

así la enemistad de su madrastra, que se lamentaba de su tiranía y avaricia ante todo aquel que quisiera escucharla.

Diana sufrió mucho con tales ataques, y en múltiples ocasiones estuvo a punto de volver a casa del doctor para poder trabajar en paz; pero se contuvo, pues sabía que sin ella su padre no sería feliz.

Un día, recibió la visita de una joven a la que no tardó en reconocer, pues había desarrollado una excelente memoria para las caras. Se trataba de la vizcondesa Blanca de Cumbrecorva, recién casada con un primo suyo; seguía igual de guapa e igual de pobre y de descontenta con su suerte, aunque también igual de orgullosa de su apellido, que para su consuelo, seguía conservando aún después de su matrimonio. Le presentó a Diana a su joven esposo. Este era un muchacho bastante simple, de rostro vulgar y poco espabilado. Pero era un auténtico Cumbrecorva por la línea de primogenitura y Blanca no hubiese concebido que ningún otro resultase más digno de su persona.

Blanca se había vuelto más sociable y, como a pesar de empeñarse en ciertas ideas, no tenía, por lo demás, nada de tonta, trató a Diana con exquisita gentileza, alabó su

talento y no se complació en menospreciar su profesión, como hiciera años atrás. Aquel reencuentro fue muy grato para Diana, el apellido y la persona de Blanca refrescaban los recuerdos más queridos de su infancia. Intentó convencerla para que volviera, pidiéndole que le permitiese retratarla. El rostro de Blanca se arreboló de puro placer, como el día en el que recibió el broche de turquesas. Era consciente de su belleza y la embriagaba la idea de ver sus rasgos reproducidos por una mano diestra; pero era pobre, y Diana captó aquel titubeo.

—Se lo pido como un favor personal —Le dijo—. En raras ocasiones disfruto del placer de reproducir un rostro perfecto, tarea por lo demás difícil, que me ayudará a progresar.

En realidad, Diana solo deseaba pagar una antigua deuda sentimental para con el castillo de Cumbrecorva. Blanca no hubiese entendido aquella enigmática delicadeza; pensó que todo se debía a sus encantos. Se hizo de rogar un poco, pretextando diversos compromisos, aunque la horrorizaba la idea de que Diana pudiese dar por buenas tales excusas: solo iba a quedarse en Arles unos días. Su posición no le permitía prolongar

su estancia en aquella ciudad cara. Las obligaciones agrícolas y cinegéticas de su marido les impedían permanecer mucho tiempo lejos del campo, donde se habían instalado.

—Con usted —repuso Diana—, me limitaré a un apunte rápido a tres colores: blanco, negro y sanguina. Si me sale bien, puede quedar muy bonito, y solo le robaré una mañana.

Blanca aceptó volver al día siguiente, y, en efecto, acudió luciendo un bonito vestido azul cielo y el broche de turquesas prendido en la cinta que le ceñía el cuello.

Diana estaba inspirada, realizó uno de sus mejores retratos, y la vizcondesa se encontró tan hermosa que lágrimas de agradecimiento quedaron prendidas en las oscuras y largas pestañas que rodeaban sus ojos azules. Besó a Diana y le suplicó que fuera a verla al castillo.

—¿Al castillo de Cumbrecorva? —le dijo Diana sorprendida—; me había dicho que seguía viviendo con su padre. ¿Ha restaurado usted la antigua mansión?

—Entera no —contestó la vizcondesa—, no hubiésemos podido permitírnoslo; pero hemos habilitado un pequeño pabellón al que nos trasladaremos el mes que viene. Tiene una habitación de invitados. Si usted quisiera estrenarla, me parecería la persona más amable del mundo.

Era una invitación sincera. Blanca añadió que a su padre le alegraría mucho volver a verla, y también al señor Flochardet, de quien siempre conservó un grato recuerdo y al que llamaba su amigo Flochardet cuando oía hablar de sus admirables creaciones.

Diana sintió un gran deseo de volver a Cumbrecorva, y prometió hacer cuanto pudiese por devolverle la visita al mes siguiente, con o sin su padre, pues desde hacía tiempo este intentaba animarla para que emprendiera un viaje de placer, aunque no fuese más que a visitar a su anciana tía monja a Mende. Cumbrecorva casi le pillaba de camino, lo cual bien valía un rodeo.

Cuando doña Laura supo que Diana pensaba tomarse un asueto, tan necesario para su salud, se lo tomó muy a mal. No le había quedado más remedio que reconocer que ganaba más dinero que su padre, que sus obras gozaban

de mayor estima y gustaban más. Su ausencia podía perjudicar los intereses de la familia, lo cual le echó en cara con tal acritud que Diana estuvo a punto de perder los estribos. Ella, que durante dos años había renunciado a todo y había trabajado sin tregua para remediar el desastre causado por aquel ser ocioso e inútil, tenía que regatear arduamente una o dos semanas de libertad.

Bien es verdad que la situación distaba mucho de ser buena y Diana tuvo que hacer acopio de todo su valor para rechazar las invitaciones del doctor, dispuesto a llevarla a Italia o a París en cuanto ella se lo insinuase lo más mínimo. Diana lo deseaba apasionadamente, pero se negaba a admitirlo, porque no quería caer en la tentación. Estimaba que aún era demasiado pronto y que su padre no estaba en situación de prescindir de ella durante algunos meses.

Cuando vio que, como pago a sus sacrificios, intentaban negarle el derecho a ausentarse durante algunos días, poco le faltó para cesar en su empeño y librarse de aquel escollo. Pero resistió, replicó con dulzura que pronto estaría de vuelta, y preparó el equipaje, tarea interrumpida al menos veinte veces por las inoportunas

objeciones de su madrastra. El propio doctor y Jovita tuvieron que intervenir. Aquel le recomendó entre risas que llevase cuenta cabal de las apariciones, si tenía la buena fortuna de seguir presenciándolas, para poder relatárselas de forma tan amena como años atrás.

Se tardaba dos días en llegar a Saint-Jean-Gardonenque. Don Marcelo Féron, sobrino del doctor, que se había convertido a su vez en un prestigioso médico, quiso acompañar a ambas mujeres hasta dicha ciudad, donde pasaron la noche. Él siguió hasta la casa de unos amigos suyos, mientras Diana que con gran alegría acababa de coincidir con el bueno de Romanèche, el cochero, se encaminaba con su ama hacia Cumbrecorva, en una tartana de alquiler. Habían efectuado en aquel camino atroz algunas necesarias mejoras, y nuestras viajeras llegaron sin novedad al pie de la terraza del castillo, después del almuerzo.

Ya no se entraba en el castillo por allí. El pabellón restaurado, que no era sino el de los antiguos baños de Diana, tenía su propia entrada más abajo. Pero Diana quería volver a ver a solas aquella estatua que le había dirigido la palabra. Se echaba a temblar solo con la idea

de que ya no estuviese allí. Así pues mandó a Jovita y a Romanèche por delante y, atravesando una cerca de reciente construcción, subió ligera por los peldaños desiguales y resquebrajados de la escalinata.

Eran alrededor de las cuatro de la tarde; el sol comenzaba a iluminar los objetos con luz oblicua.

Antes de descubrir la querida estatua a través de los arbustos que la ocultaban, Diana vio la sombra proyectándose sobre la grava de la terraza y el corazón le latió de alegría. Corrió hacia ella y la contempló con sorpresa. La recordaba gigantesca y, en realidad, apenas era de tamaño natural. ¿Era tan bella y monumental como la que Diana conservaba en la memoria? No, resultaba algo amanerada, y los pliegues del ropaje estaban demasiado marcados y rígidos; a pesar de todo, no carecía de cierta gracia y elegancia, y Diana, que no hubiese podido desdeñarla sin gran dolor, le envió ingenuamente un beso enternecido, aunque la estatua no se molestó en corresponderla.

La terraza seguía en el mismo estado de abandono de antaño. No se veían huellas de pasos en las altas hierbas. Diana comprendió que nadie pasaba por allí; más tarde

supo que Blanca, a quien aterrorizaban las serpientes y creía que la más inofensiva culebra era una víbora, no iba nunca a las ruinas ni dejaba que nadie se aventurase por allí. Y, no obstante, vivía en medio de aquellos escombros, y Diana se sorprendía, al tiempo que se alegraba, al ver que aquella soledad y aquel desorden que tiempo atrás le habían encantado, no habían sufrido ninguna mejora burguesa, es decir, que seguían intactos.

Admiró aquella maraña de árboles, unos frondosos y otros muertos, de plantas, unas silvestres y otras antaño cultivadas, todas ellas igualmente libres y salvajes; aquel caos de piedras, donde el musgo cubría rocas y sillares. Vio de nuevo el hilillo de agua cristalina que en otros tiempos alimentara estanques y cascadas, que se deslizaba, trémulo y callado, entre hierbas y guijarros. Contempló la elegante fachada renacentista donde la hiedra vivaz se entrelazaba con las guirnaldas de hiedra talladas en la piedra. Puede que hubiesen desaparecido alguna de las ventanas de finos calados o algún que otro pináculo. Diana no se acordaba de tales detalles con exactitud; el conjunto aún ofrecía aquel aspecto festivo y noble tan propio, aún en plena decadencia, de los edificios de aquella época brillante.

HABLA LA ESTATUA

Diana quiso probar a encontrar por sí sola, a través de las caóticas ruinas del interior, el camino del pabellón, y lo consiguió a la primera. Blanca, a quien habían avisado de la llegada del coche de su amiga, salió para recibirla con efusivos gestos de afecto, y la condujo al interior del pabellón de las termas, en el que había pasado una noche memorable de su existencia. ¡Qué decepción! Allí ya nada era igual. En la gran sala redonda habían habilitado una especie de salón donde no quedaba rastro alguno de la piscina. Habían aprovechado los mármoles para las repisas de las chimeneas; las guirnaldas de la bóveda se habían transformado en un techo pintado de azul crudo; y, lo peor de todo, las ninfas ya no jugaban al corro, ligeras y recatadas, en torno a la pared circular. El salón, de paredes tapizadas en tela naranja con grandes ramos, era un cuadrado inserto dentro del círculo; y los huecos que quedaban a los lados se habían aprovechado como cuartos más pequeños.

El claustro estaba limpio de escombros y malas hierbas, y el patio interior se había convertido en huerta, mientras

que la fuente, ahora encauzada y privada de las mentas y las lenguas de ciervo, desaparecía bajo el brocal de un pozo. Las gallinas escarbaban el estiércol en un pequeño corral cercano, donde había estado la estufa, y cuyo suelo seguía siendo de pórfido; un paseo bordeado de moreras recién plantadas, que no parecían muy decididas a adaptarse al terreno ni al clima, conducía hasta el nuevo camino, sin cruzar el antiguo parque ni las ruinas. Los castellanos de Cumbrecorva se habían deslizado en un rincón de la cuna de sus ancestros, pero habían hecho cuanto estaba en su mano para vivir dándole la espalda sin tener que pasar nunca por ella.

Diana elogiaba por cortesía lo bien que Blanca había aprovechado aquel resto de vivienda, aunque suspiraba al pensar qué partido tan distinto le habría sacado ella. Pero Blanca parecía tan orgullosa y satisfecha de las reformas, que tuvo buen cuidado de no criticar nada. El marqués y su yerno no tardaron en llegar para la cena; el yerno, acalorado y quemado por el sol, llamaba a los perros y hablaba con voz sonora, acabando cada frase con una carcajada, sin que nadie lograra saber cuál era la gracia que había dicho; el marqués seguía igual de cortés, afectuoso, apagado y melancólico. Dio la bienvenida

a Diana con la mayor amabilidad, pues recordaba perfectamente su primera visita. Luego la atosigó con peculiares preguntas, cuyas respuestas obligaban a explicaciones más adecuadas para un niño que para un hombre ya maduro. Aquel buen hombre estaba tan aislado del mundo y tenía unas miras tan limitadas que, al querer tocar todos los temas para demostrar que se mantenía al día, tan solo lograba evidenciar que ya no entendía nada de lo que le rodeaba.

Blanca, que era un poco más refinada y había tenido más oportunidades de mantener relaciones sociales, sufría al oír las simplezas de su padre y, más aún, ante el aplomo con el que su marido las corregía con afirmaciones más falsas si cabe, y ella los contradecía a ambos con evidente desdén. Diana añoraba la antigua soledad de Cumbrecorva, y se preguntaba por qué se había alejado de la agradable charla de su padre y de la interesante conversación del doctor para escuchar a aquel trío insípido que ni tan siquiera conseguía armonizarse.

Con la excusa de sentirse algo cansada, se retiró temprano al exiguo cuartito que sus anfitriones llamaban pomposamente cuarto de honor. No pudo pegar ojo. El

olor a pintura fresca la obligó a abrir la ventana para que no le diera jaqueca.

Se percató entonces de que aquella ventana daba a una escalera exterior pegada al muro. Era un resto de la antigua construcción, que habían respetado. Aún carecía de barandilla nueva, pero hacía una noche hermosa y clara. Diana se arrebujó en la manteleta y bajó, encantada de encontrarse sola y de poder ir, como antaño, a explorar el castillo encantado de su sueño. La bella musa a la que consideraba como su hada madrina no acudió para llevarla por encima de las bóvedas desmoronadas. No pudo pasear bajo los arcos que, en vano, trataban de cruzar sobre abismos llenos de escombros. Pero reconstruyó en su imaginación aquella mansión fabulosa, nacida en mitad del desierto, según el gusto italiano, cuando todavía Italia aventajaba a Francia en materia de arte y buen gusto. Vio con el pensamiento las fiestas de aquel esplendor desvanecido que ya nunca renacería bajo su forma antigua y cuya existencia futura empezaba a amenazar la industria. No encontró a ningún fantasma durante el paseo, pero disfrutó sobremanera contemplando la belleza de las ruinas bajo el claro de luna. Logró subir bastante alto por los cimientos rocosos

que dominaban el castillo, desde donde se divisaba la franja de luz verdosa que trazaba el riachuelo en la profundidad de la quebrada. En algunos trechos, la mole negra de algún bloque de piedra que había rodado hasta su lecho se perfilaba entre temblorosos diamantes. Las lechuzas se llamaban unas a otras con voz felina, las retamas y los helechos exhalaban un aroma agreste. Una profunda calma reinaba en el ambiente, las ramas de los viejos árboles permanecían tan inmóviles y escultóricas como los adornos de piedra de la terraza.

Diana sintió como si necesitara resumir su corta vida rodeada por aquella naturaleza que semejaba absorta en una meditación sobre la eternidad. Revivió su infancia, las aspiraciones hacia un ideal misterioso, los desalientos, los entusiasmos, las congojas, los esfuerzos, los logros y las esperanzas de su existencia. Pero no siguió más allá; el porvenir era incierto, misterioso como ciertas etapas de su pasado. Se daba cuenta de cuánto le faltaba aún para superar el humilde límite que se había impuesto al prestar ayuda a su padre. Sabía muy bien que, más allá del oficio que le permitía vivir con independencia y dignidad, se abría un mundo de infinitas posibilidades; mas ¿conseguiría en algún momento alcanzar las

condiciones necesarias para desarrollarlas? ¿Conseguiría viajar, aprender, sentir, liberarse del entorno, de la rutina, de las obligaciones cotidianas, de esa barrera que su padre hubiera debido franquear, y en la que se había detenido para satisfacer las exigencias de su mujer, que tan solo entendía el arte como ganancia?

Diana se sentía amarrada, frenada, quebrantada por aquella misma mujer a la que continuamente debía combatir para proteger a su padre de su propio carácter, perezoso y vacilante. En otros tiempos estuvo a punto de anularla con su desprecio. Consiguió contenerse, pues tenía sobre sí misma un dominio del que carecía su padre, y cuando se sentía a punto de estallar, notaba al mismo tiempo una fuerza secreta que le recordaba: «Debes vencerte a ti misma».

Rememoró aquellos momentos de lucha interior y pensó en su madre, de quien seguramente había heredado aquella secreta y valiosa energía de la paciencia. Y entonces invocó con fuerza a aquel espíritu protector para que penetrara en el suyo indicándole cuál era su deber, del mismo modo que su rostro se le había aparecido dándole a conocer la belleza.

¿Acaso debía renunciar irrevocablemente al conocimiento de los altos gozos espirituales por no abandonar a su padre? ¿Debía resistirse a la llamada de aquella musa materna que la había transportado y elevado hasta el mundo de lo bello y lo verdadero mostrándole la senda infinita que el artista debe seguir incansablemente?

Al tiempo que reflexionaba seguía caminando, y se encontró junto a la estatua sin rostro, la que la inició por vez primera. Se apoyó en el pedestal, con la mano posada sobre los fríos pies. Entonces le pareció oír una voz, que podía venir de la estatua, pero que resonaba en su interior con fuertes vibraciones, diciéndole:

—Deja que el espíritu materno que vela por ti y en ti se ocupe del porvenir. Juntas sabremos encontrar la senda del ideal. Trata solo de aceptar el presente como un período de espera durante el cual, sin embargo, continúas trabajando. No pienses que hay que elegir entre el deber y una noble ambición. La existencia de ambos debe transcurrir a la par, prestándose ayuda mutua. Tampoco pienses que vencer la ira y superar los obstáculos está reñido con tener talento. No lo agotan sino que le sirven

de estímulo. Recuerda que con llanto encontraste el prototipo que buscabas, y ten por seguro que, al sufrir con valentía, tu talento y tu fuerza crecen juntos sin que te percates de ello. La salud de la inteligencia no se consigue con la inactividad, solo depende de la victoria.

Diana regresó, henchida de aquella revelación interior, y, dejando la ventana entreabierta, se sumió en el más reparador de los sueños.

Al día siguiente sintió un sosiego delicioso en todo su ser. Toleró sin impacientarse las simplezas del pobre marqués y las trivialidades sin par de su yerno. Incluso le contagió su buen humor a Blanca y consiguió que la acompañara, no sin tener que vencer ciertas reticencias, a explorar las ruinas a la luz del día.

El doctor no solo había educado a su querida Diana para percibir lo bello en el arte, sino que también le había enseñado a captarlo en la naturaleza, y dichas enseñanzas colmaban de interés aquellos paseos. Le había encargado que le trajera de su viaje ciertas plantas poco comunes que crecen en la región de las Cevenas: *Reseda jaquini, Saxifraga clusii, Senecio lanatus, Cynachum cordatum, Oethioneme saxatile,* etcétera. Diana las buscó y las

encontró. Reunió cuidadosamente las plantas de su viejo amigo y recogió para sí flores menos valiosas, pero no por ello con menos encanto: la cincoenrama, el geranio pratense azul, tan bonito, el geranio nudoso, tan grácil, la batanera, cuyas innumerables florecitas rosa tapizaban las paredes rocosas del río, la siempreniña, que proliferaba en los rincones más húmedos de las ruinas, y el ranúnculo de Montpellier, que había sembrado de estrellitas áureas el césped de la terraza. Buscando estas florecillas, Diana encontró una moneda bastante deformada, cubierta por una gruesa capa de óxido, y se la entregó a Blanca diciéndole que la limpiara con cuidado y sin frotarla.

—Quédese con ella —contestó la vizcondesa— si le interesan esas perras viejas; yo no entiendo de eso y tengo muchas más, aunque no las quiero para nada.

—Tiene usted que enseñármelas —repuso Diana—. No soy una experta, pero sí sabría distinguir las que tengan algún valor, y, con la ayuda del doctor Féron, que es muy entendido... ¿Quién sabe? Según él tengo buena suerte en estas cosas. A lo mejor, sin saberlo, ha amasado usted una pequeña fortuna.

—Pues se la doy de todo corazón sin pedir nada a cambio, querida Diana. Lo único que hay es cobre, láminas muy finas de oro o plata ennegrecida.

—¡Esa no es una razón! Si doy con algo valioso, se lo haría saber más adelante y le entregaría el equivalente a su importe.

Diana examinó las monedas que en otros tiempos recogiera el marqués, y que habían quedado tiradas en un rincón de su aposento, por lo que no resultó del todo fácil encontrarlas. Estimó que algunas podían tener cierto valor, y se encargó de ponerlas en manos de quien pudiera juzgarlas con mayor competencia. No quiso limpiar la que había encontrado, pues temía estropearla, y, además, aquel hallazgo personal le inspiraba algo así como un sentimiento supersticioso. La envolvió en un pedazo de papel y la guardó en su baúl junto con las demás.

Al día siguiente fue a ver amanecer a lo alto de la montaña; iba sola y sin rumbo fijo. Al llegar a una cavidad de la roca, se encontró frente a una cascada, pequeña, pero digna de admiración, que brincaba alegre y brillante entre rosales silvestres y clemátides

de sedosas borlas. Aquel detalle exquisito del conjunto quedaba realzado por el tono rosado de un oblicuo rayo de sol, y, por vez primera, Diana se sintió embriagada por el color. La montaña solo recibía la luz del sol por un flanco, lo que le permitió comprender la vida mágica de la luz según se extienda o se refleje con mayor o menor intensidad, pasando del resplandor a la suavidad y de los tonos encendidos a los tonos fríos, a través de armonías indescriptibles. Su padre a menudo le había hablado de los tonos neutros.

—¡Padre mío! —exclamó sin querer, como si este hubiese podido oírla—. ¡Los colores neutros no existen, te lo juro!

No pudo por menos de sonreír ante su propia emoción, y se impregnó de aquella revelación venida del cielo y de la tierra, del follaje y del agua, de las plantas y de las rocas, de la aurora que sucedía a la noche, de la noche que se retiraba, delicada y dócil, tras los velos transparentes a través de los cuales intentaba penetrar el sol. Diana sintió que podría pintar sin dejar de dibujar, y su corazón brincó de alegría y de esperanza.

A la vuelta, se detuvo otra vez junto a la estatua y recordó lo que su alma se había planteado la víspera. «Si eres tú quien me habla —pensó—, ayer me enseñaste una provechosa lección. Me hiciste comprender que un buen propósito vale más que un gran viaje. Me dijiste que volviera sonriente a la prisión del deber, te prometí hacerlo así, y he aquí que hoy he descubierto una faceta embriagadora del arte. Y no solo lo he entendido, ¡sino que lo he sentido, lo he visto! He adquirido una nueva facultad, la luz me ha entrado por los ojos, al tiempo que la voluntad me entraba en la conciencia. ¡Gracias, oh, madre mía, mi hada! Gracias a ti, conozco el verdadero secreto de la vida».

Tras su estancia en Cumbrecorva, Diana pasó dos días en Mende. Cuando volvió a casa, reanudó el trabajo, al tiempo que se iniciaba en el óleo sin decírselo a nadie. Consiguió que le prestaran buenos cuadros y todas las mañanas se dedicaba a copiar durante dos horas. Observaba atentamente el trabajo de su padre, que de vez en cuando seguía pintando vírgenes rollizas con boquitas de piñón para las iglesias, y que, sin embargo, a fuerza de manejar el pincel, había adquirido gran habilidad. Vio lo

que hacía y lo que dejaba de hacer. Sacó provecho de sus virtudes y de sus defectos.

Y un buen día se atrevió a pintar retratos, copiando niños y creando ángeles. Hasta que, pasado cierto tiempo, llegó otro buen día en que todos descubrieron que sus cuadros eran de gran belleza y calidad, y su fama se extendió hasta muy lejos. Doña Laura se dio cuenta de que aquella hijastra, tan odiada y paciente, era como la gallina de los huevos de oro, a la que no se debía matar. Se contuvo, se sometió, fingió quererla, y, ya que su corazón era incapaz de sentir verdadera ternura, al menos la trató con respeto y atención; se resignó a no hablar mal de ella, a sentirse muy dichosa, a no carecer de nada, ni tan siquiera de algunos lujos, pues a Diana no le importaba renunciar a un vestido para proporcionarle a ella uno más bonito, y también a no torturar más al pobre Flochardet, quien, gracias a su hija, volvió a ser tan sensato y feliz como lo fuera con su primera esposa.

Un día, Diana recibió la visita de la vizcondesa de Cumbrecorva, que, después de interminables muestras de afecto y de otros tantos circunloquios, se decidió a preguntarle si había podido sacar provecho de las

monedas que le había entregado. Reconoció que la restauración del pabellón de las termas le había costado más dinero del previsto y que su marido se veía muy apurado para pagar esa suma, pues, aunque en realidad no era muy elevada, para él resultaba considerable, y había tenido que recurrir a préstamos.

Añadió que, si Diana conservaba aún su pasión de artista por las ruinas de Cumbrecorva, se resignaría a desprenderse de ellas y se las cedería, incluyendo toda la parte rocosa del antiguo parque, por un módico precio.

—Querida vizcondesa —contestó Diana—, si en algún momento estuviera en situación de permitirme tal capricho, esperaría a que realmente estuviera usted harta del castillo de sus antepasados, pero tenga la seguridad de que tal sacrificio será totalmente innecesario. No me he olvidado de sus monedas antiguas en ningún momento. Me ha llevado cierto tiempo hacer que las tasaran y que se interesaran por ellas, pero he conseguido mis propósitos, y me alegra poder comunicarle que hay tres o cuatro realmente valiosas, sobre todo la que yo misma encontré. Tenía intención de enviarle una carta para comunicarle las distintas ofertas de museos y

aficionados que ha recibido el doctor. Como ha venido usted en persona, prefiero que hable directamente con el doctor Féron; pero sepa desde ahora mismo que si acepta las ofertas tal y como están, puede obtener el doble de la suma que necesita.

Blanca, maravillada, se arrojó en brazos de Diana y le dijo que era su ángel de la guarda. Trató con el doctor, que había llevado el asunto del mejor modo posible, y consiguió que le entregaran en breve plazo aquella pequeña fortuna. Blanca regresó a su casa rebosante de júbilo no sin antes rogar a Diana que volviera a visitarla.

Pero Diana ya no tenía cuentas pendientes en el castillo de Cumbrecorva. No sentía ningún deseo de poseerlo materialmente. Lo poseía en la memoria, como una visión querida y sagrada, que se le aparecía con solo desearlo. El hada que la recibiera en el castillo se había alejado de este para quedarse con ella, y esta presencia inspiradora no la abandonaba desde entonces, en ningún momento ni en ningún lugar. Levantaba para ella innumerables castillos, palacios llenos de maravillas, le concedía todo cuanto pudiera desear, ya fueran montañas, bosques o ríos, las estrellas del cielo o las flores y las aves. Tenía el alma

repleta de cantos y risas, veía cómo todo resplandecía cuando, tras trabajar duramente, sentía los progresos que había realizado y los pasos que había avanzado en su arte.

Creo que no es necesario que les cuente el resto de su vida. Seguro que ya saben, queridos niños, que fue la suya una existencia muy noble, muy feliz y muy fecunda en obras exquisitas. A los veinticinco años, Diana se casó con el sobrino del doctor, aquel inmejorable hermano de adopción, hombre de gran mérito que nunca pensó en más mujer que ella. Así pues, entró en posesión de una gran fortuna y pudo hacer mucho bien; entre otras cosas, creó un taller para muchachas pobres a las que educaba personal y gratuitamente. Realizó con su marido todos los hermosos viajes que había soñado, y siempre regresó feliz de volver a su tierra, a su viejo amigo, a su padre, e incluso a su madrastra, a la que había llegado a querer a fuerza de perdonarle tantas cosas; y es que las personas buenas por naturaleza siempre se encariñan con aquello por lo que han tenido que padecer, siempre aprecian más aquello que les ha costado grandes esfuerzos. Los corazones más nobles aman el sacrificio, lo cual les resulta muy cómodo a los corazones más mezquinos. Todos tienen cabida en este mundo, y, aparentemente,

estos viven a costa de aquellos. Pero, en realidad, quienes saben dar y perdonar conocen los gozos más sublimes, pues son los preferidos por genios y hadas, espíritus totalmente libres que aborrecen a las personas pagadas de sí mismas y solo dejan que los vean los ojos que el entusiasmo y la abnegación abren de par en par.

“ —Pues bien, es como sigue, señor. Ya le he dicho, por decir algo, que el castillo de Cumbrecorva se cuidaba solo. Pero en realidad lo cuida la Dama del velo...

Colección
Lima Lee

